

This **BOOK** may be kept out **TWO WEEKS ONLY**, and is subject to a fine of **FIVE CENTS** a day thereafter. It was taken out on the day indicated below:

MAXIMILIANO ESCOBAR

EVANGELINA

O

"LA FLOR DEL MOYANO"



MENDOZA
TIP. «CASA ARGENTINA FÉLIX BEST»
- 1923 -

DEDICATORIA

A mi buena y santa esposa Antonia Contreras y mis hijas Emma, Argentina y Zulma Escobar.

I

FUEGOS FATUOS

En casa de unos parientes, en la ciudad de Mendoza, había conocido a la señora Cristina X, solterona, antigua maestra jubilada, muy dada a la lectura, por consiguiente, de regular instrucción; con aficiones literarias, locuaz, parlanchina sobre asuntos políticos. Apesar de sus años era romántica y soñadora; escribía versos; colaboraba en una que otra revista de cuarto orden, escudada en varios seudónimos. Creyente de buena fé y fervorosa católica; talvez, de acuerdo con el número de sus otoños.

Tendría como cuarenta y cinco años, quizás algo más, bien llevados; de regular estatura, coloradota, trigueña, de constitución recia y robusta y con pretesiones de joven por lo **frescachona que parecía** y lo bien en**corselada** que se presentaba aprisionando la soberbia cadera.

La expresión de sus grandes ojos de un color indefinido, tirando a parduzco tenía cambiantes rápidas según las circunstancias de la conversación que reflejaba su estado de

ánimo. Por lo general era bondadosa; predisponía a la simpatía.

A su presencia, tuve el buen sentido de no tocar y rehuir el tema de los años, no solamente por lo ingrato y descortés que podía resultar para ella, sino también por lo que concernía a mi indivíduo. Siempre decía: el corazón no envejece y las personas tienen los años que representa su vigor intelectual y físico.

Cambiamos algunas frases con motivo de la presentación; me agradó su conversación reveladora de generalidad de conocimientos adquiridos, sobre todo, en historia, producto de frecuentes lecturas. Nos hicimos muy buenos amigos. Me interesó su relación por que noté que era observadora, sagaz y de penetración fina.

La veía a menudo en casa de mis parientes y algunas veces en la Biblioteca. En el curso de una de nuestras charlas, me manifestó que ella vivía en las "Acequias" y que cuando quisiese pasar un par de días de campo la visitase; que no tenía mayores comodidades y que le sobraba buena voluntad para recibir a los amigos, agregando, que también tenía algunos libros que podría hojear para matar el hastío.

Aproveché el feriado de la semana santa del año 1892; el sábado tomé el tren de la tarde; me bajé en Palmira, y en un carrico-

che, a los cuarenta minutos estuve en la casa de mi amiga.

Pasadas las salutaciones de estilo, con placer me apercibí que la dueña de casa que me dispensaba afectuosa acogida, se encontraba bien acicalada y por resto de coquetería muy propio de las mujeres bien educadas, o mejor dicho, de gentileza, buenos modales y distinción, llevaba en el cabello una rosa granate que contrastaba con el renegrido pelo de su rodete.

Luego pasamos a la mesa. Mi anfitriona hizo los honores de la comida con exquisita cultura parloteando con animación sobre diferentes cosas.

Después de cenar, cerrada la noche, nos sentamos en un amplio corredor con vistas al sur y festoneado de rosas y madreselvas que perfumaban el ambiente.

La conversación que no había languidecido un sólo momento durante la comida, no se reanudó quizás, ante la brusquedad de la escena muda y lóbrega que se extendía en todas direcciones convidando al recogimiento.

Permanecimos silenciosos hundiendo la mirada en las sombras de la noche, recortándose éstas en el horizonte, como fantasmas inconmensurables.

Por auto-sugestión, en el campo, la agonía de la luz y las sombras que descarga la no-

che imponen silencio; sume el espíritu en la reflexión. Parece, que un bloc de tinieblas gravitara sobre el alma y, angustiada ésta, sintiese la necesidad de abismarse en el infinito. El espíritu desprendiéndose de la materia fluctua entre el ser o no ser de la existencia y se eleva a la región de lo incognocible con ansias de mayor luz y perfeccionamiento moral.

Allá, lejos, tras la línea confusa y negra de los álamos en el lindero sureste de la Ciénaga, se distinguían forforescencias rápidas y fugaces como de tempestad muy lejana.

Circundando la ancha cañada cenagosa por el macizo de los árboles que se adivinaban en la penumbra, la conocida "Cañada del Moyano", semejaba un lago de muertas y negras aguas.

Arriba, en el firmamento, densos y pardos nubarrones precursores de cambio de tiempo, cruzaban en tropel interceptando la ténue claridad de la Luna creciente, que a menudo se ocultaba, cual si estuviese avergonzada por la lucha estéril que sostenía con las tinieblas.

¡Solemnidad religiosa invadía mi espíritu...!

Seguramente, permanecimos abstraídos algún tiempo, mientras la mente sumida en los devaneos temerosos de lo desconocido,— origen y fuente del misticismo — tan grato y

consolador al corazón y a la inteligencia humana. De pronto sintiéronse rumores medrosos y algo pasó zumbando sobre nuestras cabezas, posiblemente, alguna ave nocturna y agorera. Bocanadas de aire frío que fueron soplando con más fuerza y mayor ruido, con rumbo al otro extremo de la Ciénaga, en cuyo límite se levantaban del suelo pequeñas luces blancas que aparecían y desaparecían corriendo de un lugar a otro, mientras el ruido de la ráfaga se convertía en silbido estridente y soplaba con furia de pampero. La blancura azufrada de las luces lejanas aumentaba con intermitencias, hasta trocarse en una ancha faja sinuosa que parecía cubrea fosforescente que atraía nuestras miradas.

Aproximándome a mi amiga, la interrogué fijamente con la vista, y, ésta, saliendo de su abstracción y aparentando tranquilidad de ánimo que no sentía, me dijo: es un fenómeno que con frecuencia se observa en la extremidad de esa parte de la Ciénega, y al que estamos acostumbrados los vecinos, fenómeno natural o misterioso, que no deja de impresionarnos rememorando una... historia.... y subrayó la última palabra al pronunciarla.

No obstante el estado de mi conciencia que me predisponía a lo sobre natural, reaccionando asomó a mis labios sonrisa burlona,

un tanto fingida e iba expresar que la descomposición de los huesos desprende gases que producen fosforescencias a la distancia, —tomando la apariencia de luces o llamas azuladas y blancas.

Antes que articulase palabra la vieja sirvienta que nos había traído el café, al notar mi aire descreído y la sonrisa—mezclándose en la conversación y haciendo la señal de la cruz dijo: "debe saber su merced que es el [illegible] de Carlos, que va a postrarse junto a la cruz donde cayó muerta "La flor del Moyano". Y la "chinita" que tenía el azucarero musitando no se qué y levantando la vista al cielo, agregó: "por eso **refusilan más fuerte las estrellas"**.

En efecto; por un cambio brusco, los densos nubarrones habían desaparecido del firmamento barridos por el viento y la vía láctea, hermosa luz blanquecina formada de polvo estelar, lucía en todo su esplendor sus galas siderales. Hacia el confín austral resplandecía la Cruz del Sur. Las estrellas de primera magnitud parpadeaban con brillo inucitado amenguando la ténue claridad de la Luna en su carrera ascendente.

No supuse que habían espirituales leyendas, tradiciones y cuentos bellos en la campaña mendocina, repliqué a mis interlocutoras con marcada intención.

Con permiso de su merced,—dijo la sir-

vienta vivamente—no son cuentos; es la pura verdad. Cuando Vd., vea los lirios blancos que florecen al lado de la cruz de Evangelina, creerá en la aparición de la ánima de Carlos, que va a juntarse con la desgraciada muchacha; por eso los lirios tienen la blancura de la cara de la santa muchacha, según me lo ha repetido mi patrona. Cuando mire las flores rojas que salpican los malvones, que son las gotas de su sangre, tendrá que creer lo que todos creemos en este vecindario.

Quedé pensativo ante la concepción popular que ya había forjado una bella leyenda, posiblemente, sustentada en un hecho corriente y vulgar, cuya síntesis oía de la boca de una sirvienta en frases vehementes que acusaban idealidad imputable solo a mi digna amiga, frases que eran el reflejo de su modo de sentir y pensar de agudo romanticismo.

La imaginación popular ardiente como la lava de los volcanes, tiene el vuelo de las águilas para remontarse a las excelsas cumbres de lo inmaterial, traduciendo así las grandes concepciones, los sentimientos intensos y las pasiones humanas sin magnitud, constituyendo eso que llamamos **bellas artes**, verdadera esencia de la vida del espíritu. De tal suerte surgieron, como ante un conjuro, fábulas estupendas y ficciones her-

mosas en todos los pueblos de la tierra precursores de la historia, iniciándose así esta rama de estudios que reposa en la veracidad crítica.

Me interesaba vivamente esta sentimental fantasía típicamente lugareña que debía tener por fundamento algún hecho real y así se lo manifesté a la señora Cristina.

—Es toda una leyenda, como Ud. ha expresado, talvez, trivial que no interesará a su espíritu esceptico y a su inteligencia fría y reflexiva.

—El corazón humano vive de lo maravilloso y todas estas ficciones armoniosas encierran un fondo de verdad incomprensible, contesté —añadiendo— como Ud. vé, no soy tan escéptico cual me supone.

—Tampoco yo soy una creyente ingenua.

—Sea o nó creyente de lo maravilloso y excepcional que forma la base de la existencia del mundo moral y físico, voy a contarle el ...**Cuento**... y acentuó con ironía la expresión cuento.

Prosiguiendo expresó: le servirá para acortar un poco la noche, pues, la narración simple, la verdád del hecho como dicen los cultores de la "materialidad experimental", le interesará por que se trata de la vida accidentada y la muerte trágica de una buena, y bella joven, "pura como una flor en el altar de la Madona", según la expresión

cariñosa de su padre cuando la veía en sus primeros años.

Habíase serenado la noche. Apenas soplaba un aire fresco saturado de emanaciones salitrosas del suelo que iban a murmurar dulcemente en los pastizales de la Cañada. Merced a la irradiación zodiacal aumentada por el fulgor de los astros difundíase mayor claridad en el panorama nocturno haciendo percibir más distintamente el arbolado que circundaba los flancos de la planicie pantanosa que teníamos a la vista. Ya no se veían las vívidas y tumultuosas fosforescencias; con dificultad notábase pequeños fuegos fátuos que titilaban en un solo lugar, como si fuesen luciérnagas, allá donde me había sorprendido el fenómeno misterioso.

Volviendo al tema, exabrupto interrogué a mi espiritual compañera: ¿Ud. crée en la aparición de los que se convirtieron en arcilla?

Vivamente contestó: Si fuese hombre sabio como existen tantos y tantos, no creería o aparentaría no creer en nada para estar en armonía con la cultura materialista del siglo.

Me hizo morder los labios la punzante ironía y cortesmente manifesté:

—Abarca una tesis general la respuesta; quisiera que me honrara Ud. con su opinión concreta sobre la aparición de los muertos.

Con tono didáctico y aproximando más su silla a la mía dijo:

—Expondré mi opinión por partes. Con la fé religiosa y las bellas ficciones del mundo moral, como dicen los doctos, los imperativos absolutos del corazón y la mente, como energía motriz, todo, todo consiguieron los hombres. Sin la fuerza vivificadora o mejor dicho, intuitiva de la fé ¡no se podrían mover las montañas! Los pueblos más religiosos, los que tienen fé e ideales, como los anglo-sajones, son los más fuertes y civilizados. El indiferentismo en materia de creencias, como el que aqueja al país, considerado de gran valía entre los hombres, sin principios morales, cualquiera que sea su clase social y condición, produce enervamiento, falta de dirección, inercia para el cumplimiento del deber por la inactividad de esa dinamia llamada fé que encamina al perfeccionamiento superior de la humanidad.

Hay grandes verdades que se sienten en el fondo del alma, pero que no se explican subjetiva y objetivamente consideradas, indudablemente, sujetas a leyes desconocidas hasta la fecha. Por otra parte, se ha demostrado que las doctrinas científicas no están reñidas con la religión: son armónicas.

Prosiguió después de una pequeña pausa:

—Concretándome a la pregunta. Si creo en la existencia del alma, necesariamente,

debo confiar a una vida superhumana tan luego el espíritu abandona su envoltura. ¿Y por qué se va ha dudar de sus manifestaciones visibles hacia los seres con quienes se vinculó amando, sufriendo?... Mediante procedimientos experimentales, el espiritismo, ha demostrado la aparición y comunicación de los que bajaron a la tumba —con el mundo de los vivos.—

Camilo Flamarión, ilustre astrónomo, jefe del panteísmo francés, hombre de ciencia: es un espiritista consumado. La fotografía sorprende y graba en la cámara obscura la sombra difusamente luminosa de los espíritus corporizados realizando lo inconcebible!... Las vibraciones del radio, los fenómenos de telepatía... que son?....

—Basta! estoy convencido. Respeto el fundamento de sus creencias. Con estas palabras la interrumpí a fin de que terminase la disertación que amenazaba prolongarse.

Cambiando de tono y con acento afectuoso expresó, mientras alisaba el pelo de su rodete afianzando la rosa encendida que lucía: Ud. es bueno; Ud. es creyente aunque aparente negarlo. Ha estudiado leyes y no debe ignorar que Dios, es fuente de toda razón y justicia.

Luego añadió. —allí donde aun se divisan los fuegos fátuos que atribuirá Ud. a causas puramente físicas, en las cuales estoy

de acuerdo, tuvo lugar la tragedia. Cosa rara, casualidad, como quiera llamarla: hace catorce años justos, víspera de la semana santa del año de 1878, una noche como esta, cayó muerta de una puñalada la virtuosa muchacha y la que en vida la llamaban "La Flor del Pago" o con más exactitud "La Flor del Moyano". Otra casualidad o coincidencia natural de los hechos como Ud. pensará: todos los meses, en la misma fecha del "suceso", se originan los rumores medrosos y fosforescencias donde tuvo lugar la tragedia con una puntualidad, casi, casi, matemática.

Posiblemente, —repuse,— se reproducen esos fenómenos atmosféricos, con la misma regularidad que las tormentas de piedra arruinan todos los años a los propietarios de viñedos situados a las márgenes del Río Tunuyán, sobre todo, en el Distrito Reducción.

Pasamos al comedor y sentándonos uno frente al otro en cada lado de la mesa, mi buena amiga dijo: le voy a contar la historia o cuento y principió la narración, mirando de cuando en cuando fugitivamente su imagen que se reflejaba en el cristal del trinchante aumentando el fulgor de sus pardos ojos.

II

CICLO ESCOLAR

Aproximadamente deben haber transcurrido más o menos veinte años. Yo era "muy muchacha" y recién me había empleado como ayudante de la escuela fiscal que funcionaba en ese tiempo, en un viejo caserón, de estas inmediaciones del antiguo Departamento de Junín que fué más extenso que el actual.

Entre las alumnas de mi grado, sobresalía del conjunto, una chica no mayor de doce años llamada Evangelina Sotero, crecida esbelta, de aire distinguido y modales desenvueltos con naturalidad; distinción y despejo nada acorde con la clase social a que pertenecía, aparentemente, a juzgar por la modestia y aun pobreza con que vestía, pero esmeradamente limpia. Por esta contraposición es que llamaba vivamente la atención la niña Evangelina.

Tenía el cutis de la cara límpido, terso, blanco de tono marmoreamente pálido y a través de la epidermis fina de sus mejillas se

traslucía un tinte rosáceo suave, que asomaba a la superficie encendido, cuando la vergüenza o rubor las teñía. Su frente serena y ámplia semejaba un cielo sin nubes, cuando fugitivamente no la obscurecía la meditación. Negros, intensamente negros, melancólicos, sus ojos agrandados por la sombra de unas ojeras precoces, y orlados por largas pestañas sedosas, realzados por un par de cejas retintas —trazadas como con pincel— contrastaban admirablemente con la blancura de su rostro.

Completaba la hermosura de esta niña una cabellera abundante que caía en ondulaciones de castaño claro, tirando a rubio, sobre la nívea espalda.

Mayores resultaban las perfecciones de su ser moral.

Muy inteligente, dulce, reflexiva y de carácter sumamente afectuso, sobre todo, con las chicas pequeñas y pobres.

En la clase era una de las mejores discípulas; cumplía con sus deberes; prestaba séria atención a las explicaciones; no hacía alarde de su clara inteligencia y de su comprensión inmediata y, con modestia y buena voluntad, enseñaba a sus compañeras todo lo que le preguntaban y élla sabía.

Rápidos progresos efectuaba en la escuela. Apenas tendría algunos rudimentos de lectura y escritura cuando se matriculó. A me-

diados del curso pasó al segundo grado por indicación del Sr. Inspector, quien manifestó, "que la chica tenía un provenir brillante" por la rapidez de su concepción, pues, respondió con prontitud y sin vacilar a todas las preguntas que hizo en la visita semestral.

Como me interesaba cada día más las perfecciones físicas y morales de la que, en el vecindario y en la escuela, cariñosamente principiaba a llamársela —"La Flor del Moyano" o "la del Pago"—a quien todos las querían, no la perdía de vista, ia observaba a menudo sin que élla se apercibiese. Algunas veces dábase cuenta de que la seguía con la mirada y levantaba los negros ojos pensativos, con la fascinación atrayente de un abismo, los clavaba en los míos con ternura, para luego entornarlos y volverlos indiferentes hacia la línea del horizonte.

Solía permanecer — en los recreos—regularmente sentada, apartada de las niñas traviesas y bulliciosas que son la inmensa mayoría en todas partes, viéndosela sumida en tristes reflexiones seguramente. Tal era la quietud y la expresión de sus facciones. Parecía que honda melancolía, una especie de nostalgia por algo incomprendido y presentido por intuición, embargaba su espíritu. Inmotivadamente suspiraba como si faltase aire a su seno y sus pulmones bien desarrollados dentro de su complexión más que del-

gada, esbelta con elegancia y soltura en sus modales.

Las niñas del colegio al verla aislada y silenciosa, al pasar corriendo por su lado le tiraban de los rulos diciendo: "está sentada la viejita".

Sus pocos años alejaban la presunción de que pudiera sentir las grandes penas del corazón que emergen del estado pasional de amoríos funestos o violentamente contrariados. Las desgracias familiares que efectivamente había soportado y soportaba, tampoco podían originar semejante ensimismamiento en una niña de doce a trec años, a lo sumo, que pisaba los dinteles de la adolescencia...

¿Exquisita sensibilidad?... ¿idealidad de un espíritu superior?... ¿nostalgia por las regiones de lo infinito?... ¿enfermedad moral hereditaria?...

Dificilmente podíase responder a tales interrogaciones, inclinándome a creer que se trataba de la última hipótesis.

Evanglina no podía ser hija de un burgués, mucho menos de un paisano de nuestra dilatada campaña y jamás de un "patán" que nos trae la ola inmigratoria. La corrección de sus líneas y formas; lo esbelto y fino de su talle, singularmente, la gracia y distinción de sus modales llevaban impreso el sello de su ascendencia, seguramente noble.

—Mi buen amigo,— a grandes rasgos esta

fué la fisonomía moral y física de la protagonista del cuento.

Posiblemente encontrará Ud. bastante, o por lo menos, algo de exageración cariñosa en la descripción de mi querida discípula y amiga. Los afectos tan humanos y sin los cuales no es posible vivir, ciegan el entendimiento para no ver imperfecciones y solo amplían los méritos de las personas a quienes amamos.

¡Tanto he querido a la pobre joven y tanto venero su memoria! que se me debe dispensar cualquier abultamiento sobre sus bellas cualidades.

A medida que cursaba los grados segundo, tercero y cuarto —en dos años— el vuelo de su inteligencia se expandía dominando los conocimientos que proporciona una escuela elemental de campaña. Para saciar su sed de mayor instrucción consúltaba los libros de la biblioteca leyendo, con avidez todo lo que caía en sus manos, preferentemente, lo que se relacionaba con la historia, la literatura y en general con las bellas artes. Devoraba, por decirlo así, los asuntos morales y psicológicos para solazar su espíritu.

Durante los cursos fué la niña mimada; la reina de las fiestas escolares. Recitaba versos y prosa; pronunciaba discursos alusivos a las fechas o actos que celebraban con aquella voz armoniosa que sabía a música; y des-

empeñaba papeles importantes en comedias o sainetes que la dirección de la escuela ponía en escena, siempre que las podía caracterizar de acuerdo a su naturaleza psíquica y su modo de sentir y pensar. El público, invariablemente la aplaudía pidiendo a cada rato y a gritos ¡qué salga La Flor del Mayono! ovacionándola estruendosamente cada vez que aparecía en la sala.

Mientras su inteligencia se cultivaba mediante el estudio perseverante fundamentando las nociones adquiridas; mientras perfeccionaba su ser moral con lecturas apropiadas y la práctica de las virtudes domésticas y sociales, su naturaleza física desarrollábase vigorosamente. La esbelta niña iba convirtiéndose lentamente en una joven gallarda y adorable aumentando sus hechizos y la expresión luminosamente fascinadora de sus grandes ojos obscuros y soñolientos.

Dada la simpatía y aun el afecto, bien merecido, —que profesaba a Evangelina,— logré vencer su retraimiento y timidez consiguiendo que se me acercase hasta convertirla en mi compañera de trabajo y amiga.

Venía con frecuencia, fuera de las horas de clase a la escuela, con el objeto de adelantar sus labores de mano mientras charlábamos sobre diferentes temas que revelaban la delicadeza de sus sentimientos. Los días domingos y festivos también solía venir a ca-

sa ubicada en la misma escuela, previo permiso de la mamá; y entonces aprovechaba el tiempo en hojear los pocos libros de la biblioteca llevando a su casa el que mejor le gustaba.

El trato continuado que manteníamos ensanchando con cierta intimidad nuestras relaciones la hizo un tanto comunicativa sobre el motivo de su aislamiento y actitud reflexiva que parecían ingénitas en élla.

Una tarde, después de tomar el té, y como quien dice, de sobre mesa, me hizo esta confidencia: mamá ha sufrido mucho y aun sufre, no obstante su resignación cristiana, por la prolongada ausencia de mi padre, de quien no sabe absolutamente nada hace muchos años desde la época que yo tenía más de cinco años, talvez seis.

Los recursos que dejó papá tiempo ha que se acabaron. Si ño fuera por esa casita que habitamos, por el cultivo de la huerta y los frutales, las costuras de mamá y labores mías, no sé como viviríamos, ni como afrontaríamos los gastos de la subsistencia diaria.

No supe que contestar a esta confidencia aflictiva que me oprimía dolorosamente el corazón y permanecí silenciosa.

Apercibida de la impresión que me había causado y cambiado de tema expresóme con viveza: ¿ Quiere Ud. señorita conocer a mi

padre y a mi abuelo? Si quiere le traeré los retratos el domingo.

—Tengo muchos deseos y no deje de traerlos luego, —manifesté a mi vez.

Después de un corto silencio, aprovechando la buena voluntad con que expontáneamente me había abierto un tanto su corazón y en en deseo de conocer la causa que le oprimía el pecho obligándola a suspirar tan a menudo cuando parecía estar más contenta, no por mera curiosidad mujeril corrientemente superada por los hombres que afirman que no son curiosos, la interrogué: ¿qué enfermedad tenía en el pecho?... ¿qué es lo que sentía que parecía oprimirle el corazón dolorosamente?

Respondió:

—No tengo nada; yo no sé qué me pasa; me falta aliento, aire; siento la necesidad de aspirarlo con fuerza y por esto es que suspiro casi maquinalmente.

—¿La vió algún médico?.

—Muchas veces. Me dicen los médicos, que no tengo nada; que soy sana y robusta a pesar de ser delgada; que no me preocupe y que lo único que precio es cambiar de ambiente, pasear, distraerme, cosas imposibles de ponerlas en práctica por la falta de dinero. Mi madre me dice siempre llena de congoja, que debo tener **aneurisma, hipertrofia,**

como tuvo mi abuelo y de la que adolecía también mi padre.

Confirmada la suposición que abrigué —desde el primer momento— sobre la naturaleza de su enfermedad, vino inmediatamente a mi memoria el recuerdo de "María" de Jorge Isaac a manera de presentimientos fatales.

—Ud. es muy fuerte y sana; no debe existir tal aneurisma; su mamá está equiovcada, —repuse afectuosamente para despreocuparla de la terrible enfermedad, pues, su frente se ensombreció y sus ojos se enıorna-ron angustiosos al evocar la enfermedad de sus antecesores...............

Evangelina vino el domingo a casa, tal como me lo prometió, llevando los retratos de su abuelo y su padre y, antes de mostrármelos —me advirtió— que no contase a nadie porque su mamá le tenía prohibido hablar ni una sola palabra de lo que directa o indirectamente se refiriese a su familia, a fin de evitar habladurías en el vecindario y me pasó dos pequeñas fotografías.

Examiné la primera: bastante descolorida por la acción del tiempo, de forma cuadrada, recortada en sus bordes, con un papel pegado al reverso sin anotaciones, iniciales, fecha ni indicio alguno sobre la persona de la fotografía.

—Este es mi abuelo —díjome mi joven amiga.

Fijé la vista en la fotografía que representaba a un hombre de sesenta años de edad, delgado, frente espaciosa, de pelo y bigote muy canoso y puntas retorcidas este último. Llevaba chaquetilla militar con alamares y pantalón de ancha franja. No podía apreciarse su graduación militar.

La segunda fotografía más pequeña, de forma ovalada que debió formar parte integrante de un prendedor, se encontraba menos descolorida y perfilaba la imagen de un guerrero joven que tendría veinticinco años cuando más; esbelto; de ojos grandes y oscuros como velados por la tristeza, completando la fisonomía varonil, fuertes mostachos bien cuidados dando apostura y marcialidad a su cabeza. Ostentaba la blusa, indudablemente roja de los garibaldinos que combatieron por la unificación de Italia aunque **desgraciadamente** usurpando los territorios del Estado Pontíficio.

—Este es su padre?... —pregunté— y me respondió:

—Sí —enjugándose una lágrima rebelde y, agregó pausadamente: se llama Enrique es lo único que puedo decirle; tampoco se más.

Los rasgos fisonómicos de las personas reproducidas en las miniaturas eran idénti-

cos que los de la hermosa joven. Resultaba evidente el aire de familia entre ésta y los militares italianos, digo italianos, porque la blusa tenía la forma de la que usaban las garibaldinos, —siempre colorada,— perteneciente solo a la nacionalidad expresada.

Me quedé con la curiosidad de saber el nombre, graduación y demás circunstancias de los apuestos militares y ascendientes de nuestra protagonista, en razón haber expresado ésta: "se llama Enrique; es lo único que puedo decirle".

Naturalmente, comprendiendo que me hallaba intrigada por el misterioso silencio relacionado con los antecedentes de su padre y abuelo y que solo podía justificarse por motivos poderosos, excusóse en esta forma:

—Mamá se lo contará todo, cuando se hagan más amigas y tengan la intimidad necesaria.

No quise insistir y cambié de tema y continuamos "parlando" sobre las mil insustancialidades que suelen hacer amena el trato de dos mujeres unidas por la simpatía.

Cuando se retiró mi amiga, noté que una sombra de tristeza nublaba su frente y que sus ojos expresaban mayor dulzura y melancolía, como cuando caía en la obcesión de sus pensamientos, quizás, incomprendidos por ella misma.

Pensé en las revelaciones, a medias, que

me hizo Evangelina, seguramente por exceso de delicadeza personal, de temperamento psíquico y no por reserva calculada o desconfianza hacia la amiga y maestra que le había abierto su corazón.

La vida del espíritu, la actividad intelectual predominaba en mi protagonista.

Finalizado su ciclo escolar con la lectura de los pocos libros con que contaba la pequeña biblioteca de la escuela,—en su generalidad—compuesta de libros de consulta de las diferentes asignaturas elementales y métodos pedagógicos, puse a su disposición algunos libros de mi exclusiva propiedad, en su mayor parte novelas, poesías y revistas escogidas bajo la dirección de un recto e ilustrado pastor de las almas.

Leyó con verdadero deleite los "Cursos familiares de literatura" de Lamartine, que se armonizaban tanto con la delicadeza de sus sentimientos, lo exquisito de su sensibilidad. A menudo leía en alta voz algunos capítulos y las sonoridades de su palabra temblando de emoción, daban fuerza y colorido a los diferentes pasajes. —"La oración por todos", de Víctor Hugo, la había aprendido de memoria y la recitaba siempre con acento conmovido, posiblemente, rememorando la prolongada ausencia de su padre que tenía los caracteres de una separación eterna.

Aficionada, desde que tuve uso de razón a

la literatura romántica del siglo XIX; a la sentimentalidad que es la expresión de la belleza llana, clara, sin meticulosidades artificiosas, haciéndonos ver la vida por el prisma multicolor de la imaginación, no perdiendo la noción de la realidad de los hechos y las pasiones humanas, tenía en el anaquel de mi escritorio, entre otras, las bellas y sentimentales novelas "Graciela", de Lamartine; "Pablo y Virginia", de Bernardino E. de Saint-Pierre; y "María" de Jorge Isaac.

Evangelina en quien se adivinaba un temperamento pasional exaltado que por intuición despierta a la vida de los amores, soñando con la realización del ideal acariciado en su ardiente fantasía, leyó las novelas que puse a su disposición con interés, sobre todo, las expresadas. La pureza inmaculada de esos amores tan fatales a sus protagonistas, las tres jóvenes de clase humilde, hermosas y desgraciadas por el hada de la desventura, la fascinó reavivando su exquisita sensibilidad y dando vuelo a las afecciones larvadas en su espíritu y ya presentidas en su corazón. Con placer se identificaban con las víctimas de la propia riqueza de sus sentimientos y de la austera moralidad de sus costumbres, porque así había concebido la vida desde que tuvo uso de razón al travez de la penumbra de sus nostalgias.

"María", la primera novela sudamericana,

colmó la fantasía de sus deseos, causándole una profunda impresión. La leyó, una, dos, tres veces, o más con religiosa atención, siempre vertiendo silenciosas lágrimas y sin convencerse que se trataba de una bella ficción del poeta colombiano. Creía que "María" había existido. Tal creencia se ha confirmado. Publicaciones recientes aseveran que es la auto-biografía de Jorge Isaac y que "María" existió en carne y hueso y que hace poco falleció la ilustre dama bogotana que jugó en parte el rol de la incomparable "María".

Por especie de auto sugestión, mi exdiscípula y amiga, llegó a personificarse con la genial creación de Isaac. Su enfermedad moral o física que se manifestaba evidente a medida que se desarrollaba por completo; su aislamiento en la campaña mendocina, bajo un cielo tan azul y puro como el que limita con las montañas del Cauca y rodeada por una fronda que algo debe tener de las plantaciones colombianas; la eterna ausencia del ser que le dió la vida, influían en su ánimo considerándose, — no exento de cierto placer del sufrimiento, — la resignada víctima de heróica y silenciosa pasión que hízole estallar el corazón en el pecho por la ausencia del compañero de su infancia.

Hablando de la sencillez admirable del argumento de "María", me dijo más de una

vez no sé porqué, me imagino que me parezco a ella, y que tendré un fin análogo. Asustada por el fatal presentimiento que ya me había asaltado, le respondí interrogándola en tono de broma: ¿qué quien era su Efrain? es decir, el elegido de su corazón: ¿era su primo?.... Púsose roja como la flor del ceibo, sin contestar nada...

En aquella época, exento de toda pasión amorosa, se encontraba el espíritu de Evangelina, pero muy predispuesto a sentirla. No existía más que el negro presentimiento acentuado por la lectura de la novela y acariciado en su mente, como resultante lógica del temperamento de su vida demasiada espiritual y superior para la prosa corriente de la existencia.

¡Era de imaginar la sensación que conmovió intensamente el alma de "La Flor del Pago" o "Flor del Moyano"! Todas las mujeres que han leído "María", cualesquiera que haya sido su edad, clase y condición social de las mismas, han recorrido sus páginas anhelantes, empapándolas con llanto. Y este es el mejor elogio de la novela.

Me olvidaba manifestarle,—caro amigo,— lo aficionada que fué a la música mi noble amiga. Poseía como los pájaros el espíritu de la armonía sonora de que alardean en los bosques. Apenas tenía nociones de la teoría del sonido, vale decir del solfeo. Sin embar-

go, en un viejo clavicordio que tenía en su casita, probablemente herencia de sus antepasados maternos, ejecutaba al oido piezas de toda clase, especialmente aires italianos, con expresión y buen gusto. Por lo regular cantaba los motivos que tocaba imprimiéndoles todo el sentimiento acumulado en su alma. Con preferencia entonaba estilos criollos acompañados de la melodía del instrumento que pulsaba semejando un piano; estilos criollos donde vibraba el espíritu de nuestra raza; y estilos criollos que contribuyeron a propagar la fama de la linda "Flor del Pago" a seis leguas a la rendonda.

Sus aficiones musicales no paraban en esto. Tocaba también la guitarra con soltura y sentimiento—al oido,—entonando vidalitas primorosamente. Más de un mocetón de estas inmediaciones quedó prendado de la voz y la hermosura de la flor del vecindario, sin que pudiera ponerse al habla ninguno de ellos, limitándose sus afectuosas simpatías a la admiración respetuosa de la joven.

Por último, tocaba en el acordeón piezas de baile, sobre todo valses, mazurcas, cuecas y gatos que hacía las delicias de sus pocos amigos.

III

MISIA CARMEN

Ascendientes de Evangelina

Algunas veces, por mera incidencia, concurrí a la casa de mi joven discípula en el lindero de la ciénaga, hacia la parte sur, como Vd. podrá visitarla uno de estos días.

Habitaba una casita de tres piezas, con galería, aumentada por ancho parral tupido, por donde apenas se tamizaba la luz produciendo una sensación de frescor y bienestar. Un pequeño jardín la circundaba a guisa de patio; ahí Evangelina cultivaba con preferencia lirios, nardos y rosas. Tras las piezas habitación hallábase el huerto de frutales, gallinero, etc., y la parcela de tierra para legumbre y hortalizas.

La primera vez que visité a "Misiá Carmen", como la llamaban en el vecindario, causome una agradable impresión la casita, por la esmerada limpieza y cuidado, que se notaba en los muebles y plantas que la ador-

naban sencillamente, no exento de buen gusto.

Apesar de la profusión de aire, luz, fronda que predispone al placer de vivir, no se qué ambiente de doloroso silencio se filtraba en mi espíritu, como si se penetrase en un claustro, donde el sufrimiento y la resignación se hermanan para producir la suspirada paz del alma.

Talvez, sugestionada por la inmotivada melancolía de mi querida amiga, producto de su psiquis exquisita, no hacía sino evocar el estado de mi ánimo apegado a lo misterioso o sobrenatural.

El alma de las cosas que columbramos en la materia, no es otra cosa que el reflejo de nuestras sensaciones acumuladas en el mundo subjetivo.

Doña Carmen Sotero, de estatura mediana, tendría de treinta a treinta y cinco años a lo sumo, pero representaba mayor edad a juzgar por la profusión de hilos de plata que matizaba su negra cabellera y las prematuras arrugas que surcaban el rostro blanco, de tonalidad mate,contrastando el relampagueo de unos ojos negros que le daban cierto aire de fiereza y reconcentrada reserva.

Para la generalidad de las gentes, era orgullosa, terca, aislada en su casa, rehuyendo toda comunicación con el vecindario. Naturalmente tales "especies" le restaba sim-

patías, acumulando todo el afecto y la veneración del mismo en la persona de su hija Evangelina.

Sin embargo, en el fondo no era mala. La diferencia de clase, educación, cultura con relación al común de los vecinos—dentro del ambiente lugareño—le habían creado resistencias. Lo que había de cierto en el carácter de Misiá Carmen—poco comunicativa por naturaleza—era un exceso de dignidad personal y altivez, para soportar sin humillaciones las necesidades de su hogar.

La mamá de mi querida amiga, había nacido en la provincia de Buenos Aires, en un pueblo relativamente cercano a la gran capital, y tuvo por padre a un rico estanciero, en aquellos tiempos en que el trabajo material ennoblecía, y la ganadería fué la ocupación habitual de los hijos de la tierra argentina. Los recursos de que dispuso su familia le permitieron una educación aceptable, conjuntamente las relativas comodidades de la vida.

—Como Vd. recordará—cuando Evangelina me enseñó los retratos de sus ascendientes, en línea paterna, manifestando "que mamá me lo contará todo, cuando nos hayamos hechos más amigas", resolví intimarme con la señora Carmen, por dos motivos: para ayudarla en lo que pudiera sin ofender su delicadeza y dignidad; y para conocer, hasta

donde la discreción aconseja, los motivos de las crueles tribulaciones que soportaba sin desfallecimientos, por la sencilla razón de que me interesaba todo lo que se relacionaba con Evangelina, directa o indirectamente.

Con tales propósitos frecuenté la casita lindera de la ciénaga, que, como un nido verdi-negro se divisaba desde la escuela, simulando blancas alas las pinturas de sus muros, sobre todo, en la estación primaveral.

Concurría a menudo a la casa de mi discípula, tratando de inspirar confianza a "Misiá Carmelita", como solían llamarle en diminutivo los chiquilines de los alrededores. Lentamente, fué fundiéndose el hielo de sus reservas hasta vincularnos por los lazos de amistad sincera, sin que por esto me abriese su corazón por entero. Desconfiada por la experiencia de la vida, y aún por temperamento, no se manifestó expansiva; siempre notaba reservas mentales en sus apreciaciones, juicios, en la explicación de su existencia confinada en la "Cañada del Moyano".

Voy a expresarle el concepto que tenía de la sociedad y la convivencia humana.

Una tarde de verano que espiraba la luz dulcemente, arrebolando el poniente de nacar y grana subido, hora propicia a las confidencias de seres que se indentifican por sus sentimientos, díjome: "la humanidad en su

inmensa mayoría es mala!; ¡es egoista! ¡perversa! sólo aparenta buenas acciones y ejercita la caridad pregonada a impulsos del éxito y la vanidad mundana que con creces paga los pesos de que se desprende mediante los elogios de la prensa".

Agregó luego: "la encumbrada dama, sorprendida en el santuario del hogar, niega los centavos que implora una madre para el sostén de sus hijos; si los concede, humilla a la favorecida con su altanería y desprecio".
"Este no es el postulado de la caridad evangélica, preceptuando que "lo que dá la mano derecha debe ignorar la izquierda"!...

El acento de su voz era firme y sonoro, cuando vertía estos conceptos, y sus ojos chispeaban como el de una fiera enjaulada.

Después de una pausa y moderada la vehemencia de su expresión, casi, con ternura y acento de resignado, expresó: "¡he sufrido mucho! Con el corazón en la mano y la luz que ilumina la conciencia, creo ser más desgraciada, que el culpable! Sin principios religiosos, cimentados en el hogar y practicados en mi adolescencia, ¡no sé, qué habría sido de mí y de mi pobre hija!

Ya podía darme cuenta del aislamiento, los sufrimientos soportados estóicamente por Misiá Carmen y podía barruntar, confusamente, los acontecimientos de su vida atormentada por los secretos, que no se pueden

divulgar sin que la personalidad humana se deprima, a menos que no se trate de una verdadera redención espiritual.

Increíble, parecía, que una mujercita de mediana estatura, menuda de formas, con un gracioso lunarcito en la comisura del labio derecho, y con dos ojos negros como la noche, vívidos, cual centelleo de tormenta, donde se traslucía toda su alma, poseyese tanta emergencia y férrea voluntad, para soportar serena, la lucha de la existencia.

Inequívocamente representaba la valentía indómita de los antiguos "charruas", pobladores de la Banda Oriental, donde nació su padre, y no de los pacíficos "qurandíes", señores de la planicie porteña.

. . . .

Con preferencia al abuelo y padre de la linda "Flor del Moyano", las vicisitudes de doña Carmelita y su radicación en este Departamento, de las conversaciones que sostuve con esta última y las confidencias que me hizo a medias,—en los momentos de mayor expansión,— le narraré lo siguiente, si Vd. me permite hacer un poco de memoria, ordenando mis recuerdos.

Permaneció meditabundo, por algunos minutos, mientras yo saboreaba un cigarrillo, previo permiso concedido por mi interlocutora, distraído en seguir las espirales del humo que se desvanecían, cual ilusión percibi-

da, fugitiva e instantáneamente borrada.

El abuelo de mi querida alumna, fué un noble florentino que con el grado de sargento mayor de dragones, sirvió a la República de Venecia por largos años, a fines del siglo diez y ocho, abnegada y lealmente. Llamábase Augusto Fiesole, descendiente en línea recta de uno de los grandes duques de Toscana. En sus correrías por los estados italianos, se unió a una hermosa y rica mujer, de gran corazón y mucha bondad, — en la ciudad de Milán.

De esta unión, o de estos amores de Augusto Fiesole y la rica y bella dama, cuya legalidad no se me comunicó, nació Enrique, padre de nuestra protagonista, quien recibió una educación esmerada, y desde su primera juventud, siguiendo la carrera de las armas, de gran porvenir en aquellos tiempos, en que las naciones de Europa consolidaban organismos políticos, por afinidad de razas e idiomas, delimitando sus fronteras.

Cardiaco, por causales hereditarias, el noble florentino, sucumbió inesperadamente. cuando recién ascendido a Coronel, dejando una cuantiosa fortuna a su hijo Enrique, que entraba en la adolescencia; fortuna proveniente de sus bienes patrimoniales, ahorros y donaciones de la hermosa y rica dama, que la denominaremos X.

Referente a la madre de Enrique, nada

más pude saber. Quizás, la misma doña Carmelita, ignoraba en absoluto el secreto que rodeaba la identidad de la dama y el género de relaciones que mantuvo con el sargento mayor de dragones.

¡La vida tiene tantos misterios!...

Posiblemente, Enrique Fiesole, no conoció nunca a su madre.

Convulsionábanse los estados italianos, por la idea motriz de unidad de raza, de idioma, a los fines de constituir una sola nacionalidad.

Cuando el conde Cavour, ministro del Rey Sardo, Mazzini, célebre político italiano y otros patriotas guerreaban por la independencia de la península, el joven Enrique—con el grado de subteniente de caballería, se alistó en sus filas.— Los reveses soportados por la unificación itálica, vinculada a la política de las grandes potencias, obligó a los legionarios, con Garibaldi a la cabeza, trasladarse a Río Janeiro, y después a la campaña uruguaya, teniendo por único objetivo, servir a la emancipación Sudamericana, como cruzados de la libertad.

Bajo las órdenes inmediatas del "héroe de ambos mundos", Enrique estuvo dentro de los muros de Montevideo, soportando el largo sitio, efectuando salidas a menudo para proporcionar víveres.

El apuesto oficial Fiesole, que lucía or-

guilosamente la camiseta roja,— de ingénita bondad, fué un guerrero místico—estilo General Belgrano, — pues, en su escudo de armas podía inscribirse el lema de Mazzini: "Dío e popolo". Poseía las cualidades serenamente combativas de su padre, unidas a misericordiosa ternura para débiles y vencidos. Su religiosidad provenía de la santa mujer que lo atendió en su infancia.

Entre tanto, la cuantiosa fortuna, que heredó de su padre, administrada por un pariente cercano, se había evaporado, quedándole tan sólo veinte mil pesos fuertes.

IV

LOS AMANTES

Duelo fatal

En una de sus correrías por el territorio de Buenos Aires, a la sazón gobernada por don Juan Manuel de Rosas, Enrique conoció y se prendó locamente de Misiá Carmen, cuando esta contaba escasamente diez y seis años, reuniendo en su simpática personita todos los encantos de la juventud; vivacidad, marcada energía de carácter, y— hallándose a punto de contraer matrimonio—con un pariente por razones de conveniencia social, vale decir, sin que mediase compenetración de almas y afectos que adivinizaban la comunión de seres que se adoran.

Nació el idilio. Carmen y Enrique se amaron, sin que la oposición sistemática de la familia de la primera y los obstáculos amontonados en todo sentido, aún los pecuniarios, fueran capaces de aminorar la pasión que los abrazaba; por el contrario servían de incentivo para afrontar peligros rompiendo con los convencionalismos humanos.

Tronó el proyectado matrimonio, con apariencias de escándalo en el vecindario. Enrique fué despedido de la casa de Carmen, y ésta trasladada a la casa-quinta de unos parintes, en las inmediaciones de la ciudad de Buenos Aires, próxima a los actuales terrenos de Palermo, bajo la consigna severa de que no se la permitiese ver al oficial italiano y que no saliese a la calle ni aún a la Iglesia.

Estalló furiosa la energía indómita en el pecho de Carmen, por tales medidas de fuerza, que la sujetaban a cautividad disimulada. Desafíando los peligros resolvió ante Dios y su conciencia unirse a Enrique.

¡Absurdo es pretender separarar a dos seres que se aman!

Todas las precauciones se burlan y los amantes se ven más frecuentemente, cuanto mayor es la vigilancia.

Fué sobornada una sirvienta; Enrique penetraba en la quinta, y se veían con regularidad en las noches y muchas veces de día.

Sucedió lo que fatalmente debió suceder. Sus almas fundidas al calor de los besos... no les permitió reparar en las consecuencias de la amarga realidad.

—Carmen — agustiada—sintió latir en su seno el fruto de sus amores!...

No quedaba otro remedio que abandonar la quinta, para evitar la deshonra ante propios y extraños.

Una noche, Enrique penetró en la quinta, como de costumbre, y tomando en brazos a Carmen, huyeron en una galera, apostada en las inmediaciones del portón, con rumbo al sur y después de cinco días de marcha, la pareja sigilosamente se instalaba en la región que forma actualmente el partido de Villarino.

Produjo nuevo escándalo la escapatoria de los amantes en la familia y relaciones de la mamá de Evangelina.

Don Jaime Varela, pariente y prometido esposo de Carmen, burlado con la ruptura del enlace, humillado por las relaciones del militar italiano con su prima y la fuga de los dos, con dirección al sur, sintió sublevarse su amor propio y juró exigirle reparación por las armas, tan luego como lo encontrase, iniciando las pesquisas del caso, para dar con su paradero.

Intertanto, Carmen, había dado a luz a la bella Evangelina, rodeada de los cuidados amorosos de Enrique.

Si no se había legitimado la unión de los amantes por medio del sacramento religioso fué debido a las circunstancias excepcionales en que se encontraban prófugos; sospechados en tierra desconocida. Defirieron la bendición sacerdotal, para cuando pudiesen efectuarla libremente, pues, tenían una requisa policial, en razón a la minoridad de edad de

la que hacía las veces de "raptada" por el legionario garibaldino.

En uno de los viajes que hizo a Buenos Aires el padre de Evangelina, para proporcionarse dinero, mediante giros contra un banco veneciano, por cuenta de los veinte mil pesos, que administraba su tío materno, —una noche, aproximadamente a los doce,— en un café de las portadas de la antigua Recoba, sito Plaza de la Victoria, se encontró con don Jaime Varela. Este con una barita que llevaba le cruzó el rostro, profiriendo insultos groseros contra el ofendido, tan torpe como exabruptamente.

Tratándose de personas que estiman su dignidad,—en media hora estuvo concertado el lance,— a sable, punta, filo y contra filo, mediante la intervención de las personas que preseciaron el ultraje y que resultaban desconocidas para ambas partes.

Enrique, no obstante de ser el ofendido, le dió el derecho de elegir arma a su rival. Por este motivo, se concertó el duelo a arma blanca.

Por la premura con que se ajustó el desafío, no pudieron llenarse todas las formalidades del código del honor.

A las cuatro de la mañana se encontraban frente a frente los dos duelistos, en un terreno baldío de las inmediaciones de la ciudad. Don Jaime inició el ataque con ímpetu

rabioso, sin esperar la señal de ordenanza. Enrique paró los golpes, manteniéndose a la defensiva, sin ánimo de herir. Así se realizaron dos, tres o cuatro asaltos, hasta que Varela, enseguecido, le tiró una estocada a fondo, avanzando con todo el cuerpo imprudentemente y vino a ensartarse en el sable de su adversario, en la región del costado derecho, brotando un chorro de sangre de la herida y cayendo inmediatamente en tierra.

Terminó fatalmente el duelo. Don Jaime no pudo resistir a un derrame interno, falleciendo a medio día.

Hablaron los diarios, no de la realización de un duelo, sino de un asesinato, pidiendo que con todo el rigor de la ley se castigase a a su autor, pues no se habían tomado en cuenta las reglas más elementales en su tramitación e inmediata verificación, sin contarse tan siquiera con la asistencia de un médico para atender a los duelistas.

Disparó a caballo, medio enloquecido, el legionario italiano hacia Villarino, y tras marchas forzadas estuvo el lado de su querida Carmen y su pequeña hija.

Ni una palabra dijo relacionada con el lance que produjo la muerte del ex novio de su amada; pero la palidez de su rostro y el aire anonadado de su expresión revelaba, que irreparable desgracia gravitaba sobre la amante pareja. Enrique colmando de caricias y be-

sos a los seres que se identificaban con su alma, y aparentando tranquilidad, atribuyó sus pesares al mal resultado de sus gestiones para obtener fondos mediante giros sobre Italia.

Después, supo Carmen, toda la amarga verdad, cuando publicaron los diarios informaciones relativas a la instrucción de un sumario para averiguar el homicidio perpetrado, bajo las apariencias de un duelo, y dar con el paradero de su autor.

Enrique tuvo que abandonar Villarino, para no caer en manos de la justicia y constituirse en víctima propiciatoria de un error legal. De cuando en cuando volvía cautelosamente, al lado de Carmen y su hija, permaneciendo enclaustrado en el predio rústico que habitaban, rehuyendo el contacto con los extraños sin excluir a los sirvientes.

De esta suerte permanecieron el sur de Buenos Aires, durante cinco años, con sobresaltos e inquietudes hasta que Evangelina se transformó en linda chiquilina, tesoro de felicidad y ternura para sus padres.

Recordando este tiempo, me decía, Misiá Carmen,—que esta fué la época mas feliz de su atormentada existencia. Agregando — Enrique idolatraba a su hija; siempre la tenía sentada en sus rodillas acariciendo los rizos de su cabellera color rubio-ceniza y repitiendo, tiene que ser la "linda flor del pa-

go", expresando así un modismo o dicción de la pampa bonaerense.

Escaseaba el dinero, por las dificultades que había que vencer en la negociación de las letras, mediante comisiones usurarias. Hubo que superar muchos obstáculos para gestionar la última por cuatro mil francos, no obstante de que incluída esta partida, Enrique Fiesole, recibió tan solo cuatro mil pesos oro de los veinte mil depositados en el Banco de Venecia, cuya renta administraba el hermano de su padre.

Además, no era posible que viviese poco menos que confinado o recluído en el sur de la Provincia de Buenos Aires sin ejercitar sus actividades, el joven oficial, máxime, cuando sentía y sus compañeras se apercibían, que la afección cardiaca se manifestaba evidente.

Haciendo memoria, —doña Carmelita,— recordó que tenía en Mendoza una parienta lejana que se encontraba en mediana posición, llamada Martina González.

De común acuerdo, la enamorada pareja, resolvió trasladarse a la provincia andina, escenario desde el cual—perfilo el general San Martín— con la punta de su sable morisco —la independencia y límites de cinco Repúblicas Hispano-Americanas. A sus efectos, como suelen decir los curiales, reunió Enrique, próximamente, tres millares de patacones que le quedaban y emprendieron

el largo viaje en una formidable carreta llamada "Castillo".

Una vez en Mendoza, con el fin de asegurar el techo y el sustento, compró la casita, y el huerto que la circundaban, conjuntamente con seis cuadras de tierra cultivada, que después las vendió Misiá Carmen.

Instalada la familia, el garibaldino, se vió en la necesidad de emprender inmediato viaje, a Italia, a fin de cobrar los quince mil quinientos pesos que le pertenecían y arreglar otros intereses patrimoniales. A la vuelta de Venecia, legitimaría su unión con Carmen, instalándose definitivamente en la Ciudad de Mendoza, o Córdoba, o tornando a Florencia, según conviniesen mejor las circunstancias.

¡La despedida fué dolorosa! ¡El presentimiento de la separación eterna se manifestaba!

Enrique sollozaba como un niño al desprenderse de los brazos de Carmen y su hija.

Partió en los primeros días de Octubre del año 1868 a Buenos Aires, para tomar el primer vapor a Italia. Escribió de la Capital porteña, comunicando su feliz arribo.

Cinco meses después recibió la primera carta Misiá Carmelita. Enrique entre amorosas frases y millares de besos enviados a Evangelina, le comunicaba que sus gestiones para cobrar fondos y arreglar otros negocios

marchaban bien y que luego volvería al lado de los seres que adoraba. Al final de la carta mencionaba el envío de una letra por cuatrocientos pesos oro contra un banco de Buenos Aires, para que este a la vez girase a una casa comercial de Mendoza. Refiriéndose al giro expresaba: "si no vuelvo tan luego como son mis deseos,sería prudente gastar el dinero con mesura, sin que ello quiera decir que pasen estrecheces".

Desde la fecha de esta primera y última carta la madre de Evangelina no supo absolutamente nada de Enrique.

Escribió inquiriendo noticias a Florencia, Venecia, Milan, sobre todo, a esta última ciudad donde tenía parientes cercanos y estaban radicados los bienes raíces de la sucesión de uno de sus tíos —sin haber dejado herederos. —Nadie contestó; no se supo nada. Igual resultado tuvieron las comunicaciones dirigidas a los Consules y Agentes de Negocios en Roma.

Misiá Carmen, comprendiendo que luego quedaría sumida en la miseria, si no tenía noticias de Enrique, una vez que se agotara el último jiro de cuatrocientos pesos oro, resolvió gestionar su patrimonio a cuyo fin escribió a Buenos Aires apoderando a un conocido procurador judicial.

Su padre había muerto hacía cuatro años y el haber sucesorio de doscientos mil pesos

a dividirse entre tres herederos, se había liquidado en cuatro años de juicio y no quedaba un solo centavo.

Encarándome mi interlocutora me dijo:— !qué le parece ésto! ¡ a Ud. que ha estudiado leyes! ¿Se llama o nó se llama despojo?...

—Respondí. —Hasta la fecha, la Constitución Nacional, no ha afianzado la justicia, sobre todo en las Provincias. En las tramitaciones judiciales existen encrucijadas como en los caminos, donde se roba —lo legalmente que se quiera— pero se roba.

Con amarga reflexión agregué: conocí un juez en lo Civil que la prensa le publicó casos concretos de venalidad, de **cóima**; no levantó los cargos y hoy se encuentra tranquilamente en la Corte. También conocí otro ex-juez del Crimen, cara de maestro de cocina, que en pocos años redondeó una fortunita; hoy vive de sus rentas y gasta dos autos, producto de lõs autos judiciales.

Expresé, por último, es de repetirse los conceptos que encierra: — "Con dados, se hacen Condados" — "Escudos pintan Escudos" ejemplos que figuran en los tratados de literatura.

V

PRIMOS

Para el mejor encadenamiento de los sucesos a narrarle — que culminaron con la muerte trágica de Evangelina,—expondré algunos antecedentes constituitivos de lo que podremos llamar la trama, de la que Ud. calificó despreciativamente de **leyenda**, de **cuento.**

Doña Martina Gonzalez viuda de Maciel, pariente lejana de Misiá Carmelita, establecida en el "Plumerillo" en las inmediaciones de la Capital mendocina, propietaria de un predio rústico de catorce cuadras, con casa, parral, viña, frutales y terrenos rastrojo, tenía un solo hijo llamado Carlos que contaría alrededor de ocho años cuando el oficial italiano compró la casita donde instaló a los dos seres que sintetizaban su felicidad y toda su existencia.

Doña Martina y el pequeño Carlos tomando la mensajería de los departamentos del Este, visitaban con frecuencia a la—parienta porteña y a la linda rubiecita, — como solía llamarla la primera.

Doña Carmen y Evangelina siempre que aquella tenía necesidad de practicar algunas diligencias o efectuar compras en la ciudad, paraban en la casa de doña Martina.

Vinculaciones de parentesco que escapaban al sexto grado y que sirvieron de base para el acercamiento de las dos madres; la continuada relación de las mismas confiándose, mutuamente, sus penas y esperanzas, sobre todo, de la amante y prometida del oficial garibaldino, de quien no se tenía noticias; por último, cierta similitud de caracteres y circunstancias tanto parecidas, de aislamiento en la campaña mendocina, contribuyó a que Misiá Carmelita y doña Martina se tratasen como dos amigas verdaderas aunque la primera se manifestase menos comunicativa, casi, reservada.

Carlos y Evangelina dos niños casi de la misma edad, se veían continuamente y jugaban como hermanos corriendo tras las mariposas en la casita de la ciénega del Moyano, o espiando y sorprendiendo nidos en el fundo del Plumerillo.

En las vacaciones escolares, con regularidad, Carlos demoraba semanas enteras en casa de Misiá Carmen y, Evangelina, igualmente pasaba algunos días en la casa de su tía Martina. Allí, Carlos ensillaba el "petizo de los mandados", llevando en la grupa a su querida compañera; castigaba al manso bru-

to hasta que galopase... y trabándose las patas delanteras, rodase con las preciosas cargas, dándoles un revolcón en los pastizales.

De esta surte los pequeños primos que en realidad no lo eran; los amigos de la infancia unidos por afecto puro cual oroma de flores que satura el ambiente de los altares, sereno y constante como la ascensión de los astros en el firmamento; los traviesos "chiquilines" que unidos corrían y saltaban vigilados por el cuidado maternal, iban creciendo, desarrollándose a semejanza de plantas tropicales bajo la caricia del cielo mendocino y tratándose siempre como hermanos.

Evangelina contaría de diez a once años y Carlos pasaría de los trece, tiempo en que la adolescencia, la pubertad se abre a las intuiciones de la vida juvenil, como se abren las flores a las caricias del rocío y a los besos del sol. Tornábase, seria, reflexiva, reservada la primera, apareciendo el tinte azulado que sombreaban sus grandes y oscuros ojos, hrencia materna. El segundo adquiría aspecto varonil bronceándosele el rostro por efecto del trabajo a la intemperie y presintiendo algo dolorosamente incomprensible, por las reservas y seriedad de su prima.

En esta época Evangelina ingresó a la escuela

Según las referencias de Misiá Carmelita

y las confidencias de su hija, no obstante la actitud resrevada y meditabunda de ésta y el distanciamiento instintivo que se operó en el afecto fraternal que sentía Carlos por su prima; éste, regularmente, los días festivos tomaba la mensajería y se alojaba n la casita de la ciénega del Moyano. Con la misma afectuosidad moderada por la timidez respetuosa, ayudaba a su prima en la preparación de la tierra para sus plantas y flores. Podaba los parrales en el tiempo oportuno y se entretenía en los muchos menesteres caseros siempre aliviando a la amiga de la niñez. Con la misma afectuosidad, Evangelina trataba a su primo, pero ya no saltaba, corría ni jugaba con él.

Entre tanto, el tiempo corría, acentuando los caracteres y la naturaleza afectiva e inclinaciones de los primos.

La niña se convertía en hermosa joven, con los atractivos que la describí, quizás, exagerando algo.

El compañero de su niñez, era un joven moreno, de poca instrucción, formado en el rudo trabajo de la finca de su madre, a la par de cualquier labriego y poseía un temperamento pasional que lo arrastraría hasta el crimen en un rapto de locura!

¿Qué clase de comunidad espiritual existía entre estos dos jóvenes que se habían tratado de parientes, de primos?...

¿Cual fué la naturaleza de sentimientos que los ligaba?...

No podía existir afinidad espiritual que atrae a dos almas que son gemelas y se confunden en una sola aspiración, cuando brota la chispa de la simpatía y se comprenden como si siempre se hubiesen conocido viviendo —la una para la otra.

Evangelina tenía espíritu superior, delicadeza de sentimientos; era romántica, soñadora, de esquisita sensibilidad. Su ideal acariciado en la confusión de un erotismo superhumano no podía jamás simpatizar con su primo.

Carlos, por temperamento, educación y habituado al trabajo material, era rudo aunque noble y de gran corazón. Sus conocimientos no pasaron de una escuela rural que apenas enseñan a leer, escribir y contar.

Fué muy diversa la naturaleza de sentimientos de estos amigos de infancia, — en sus relaciones, — cuando las ilusiones de la juventud los hizo despertar a la vida de los amores, presentidos en élla y locamente pasionales en él por su adorada prima.

Carlos, al principio, confundía la afectuosidad e inclinación que sentía a su prima, con el cariño puro y desinteresado que se siente por una amiga, por una hermana. Luego dióse cuenta que en su corazón existía algo más que afecto de un hermano. Entonces,

sintió el placer de engañarse a si mismo para saborear, sin temores, ni escrúpulos, la pasión que lo dominaba, a medida que la seriedad y el aire melancólico de Evangelina, lo desconcertaba y a medida que sus encantos físicos, superados por sus grandes ojos pensativos atizaban el fuego de sus deseos.

En la mente y el pecho de la linda "Flor del Pago", no había otro afecto que el que se siente por un amigo de la niñez,por el hermano del corazón, con quien se ha jugado sin rubores y sin que el diablito alado, haya pretendido arrojar una flecha amorosamente envenenada.

Evangelina pues, no podía querer a Carlos, sino como se quiere a un hermano. Con cierto sobresalto, precursor no sé de qué vaticinios, adivinaba, se daba cuenta de la naturaleza del afecto que le profesaba Carlos, confiándole a su madre tales temores.

Hacía mucho tiempo que Doña Carmen se había apercibido del amor que sentía su presunto sobrino por su hija causándole mal efecto,no exento de enfado por tal pretensión, Evangelina era muy hermosa, inteligente e instruída: merecía algo más. En su vanidad de madre, la consideraba heredera del título mobiliario de sus ascendientes, una vez que su Enrique volviese a sacarlas de su retiro.

La mamá de Carlos, igualmente notó que su hijo gustaba de su prima y compañera de

la infancia y, con secreto placer, alimentaba el propósito de unirlos, desde que, suponía que Misiá Carmen y Evangelina aceptarían el matrimonio una vez que se formalizase.

Por temor instintivo, por cortedad, Carlos, aún no había confesado el afecto que sentía por su prima, es decir, mediante la emisión de palabras. Talvez, considera demás las expresiones, desde que la luz de sus ojos, el acento de su voz y la respetuosa adoración que manifestaba a su prima así lo demostraba.

Sin embargo la declaración tenía que producirse.

Una tarde que Carlos acomodaba la enredadera de jazmín de Chile, en la casa de su tía Carmen, mediante un alto cajón que sostenía Evangelina, aquel suspiró honda y largamente clavando los ojos en ésta.

—¿Qué te pasa? preguntó Evangelina.

—Sufro mucho; no es nada; me estoy acostumbrando a las penas, repuso golpeando maquinalmente con el martillo la pilastra de madera por donde trepaba el jazmín.

Después de forzado silencio, Carlos, agregó:

—Vos eres las causa de mis penas; bien lo sabes. No me quieres; quizás, me aborreces, por que debes tener novio y creo que debe ser "ese paquete", estudiante de medicina que siempre viene a las Acequias.

—Yo no te aborrezco; te quiero como se quiere al amigo de la niñez, al hermano y... nada más.

Carlos estuvo a punto de caer del cajón despechado, herido por el conocimiento de la verdadera naturaleza del aprecio que por él tenía su prima. Vaciló como si estuviese ebrio. Reponiéndose luego, dijo: sentí un mareo; ya pasó, y bajó del cajón de un salto.

Ya sabía a qué atenerse Carlos. Todo se lo contó a su madre.

Las relaciones de Doña Martina González y Misiá Carmen se enfriaron un tanto como consecuencia de la disparidad de criterio y sentimientos relacionados con la posible unión de los dos primos.

Carlos dominado por la pasión que sentía, no dejaba de visitar a Evangelina, no con tanta frecuencia como antes, pero jamás pasaba un mes sin que la viese.

En sus conversaciones, absorvido por el amor que llenaba su existencia, insistía en sus requerimientos afectuosos, alentado por la esperanza de que — su prima — cediese alguna vez y los compañeros de infancia se convirtiesen en esposos. La hermosa "Flor del Moyano" con firmeza de carácter que no se avenía con su ingénita bondad simpatizando con todos los que sufren, respondía de que no alimentase ilusiones y protestando su nunca desmentido cariño de hermana.

Mientras su adorada prima tuviese libre el corazón, el joven Maciel González soportaría la indiferencia con que lo trataba. Pero el día que comprendiese que su ternura esquisita se volcase en el afecto de otro hombre, — entonces — no respondería por lo que pudiese acontecer!

En esa época, Evangelina contaba próximamente quince primaveras y se encontraba en la plenitud de la juventud y de la belleza. Carlos, luego cumpliría diez y ocho años de vida activa y laboriosa. Había cultivado el músculo, desarrollando fuerza hercúlea, suficiente para descogotar de un puñetazo cualquier vaquillona.

Un buen domingo por la tarde, hora en que el sol desfallecía en el ocaso entre celajes de carmín y ágata,mientras las azucenas y lirios perfumaban el ambiente como el beso de una virgen; hora en que Misiá Carmelita componía medias en porito a pocos pasos del plantío de álamos, y en que Evangelina cebaba mate a Carlos, quien chupaba con fruición la azucarada yerba, aromatizada con menta y cedrón, este último fijando la mirada en su prima, dijo pausadamente y con aire sombrío: vos serás mía, o no serás de nadie!... mientras sus ojos brillaban como hojas de acero a los rayos del sol.

No sé qué siniestros presentimientos embargó el ánimo de los primos...

Cayó la noche, casi de golpe, semejando un manto de tinieblas que envolvía todo en angustiosa oscuridad.

Terminada la cena y después que la chinita Marta hubo preparado lo necesario en la piecita donde se alojaba Carlos y éste se entregó al reposo, Misiá Carmelita notando aire turbado y más meditabundo que de costumbre en su hija, interrogó a ésta ¿qué le había dicho su primo, causándole tan fuerte turbación?

Nada contestó nuestra bella protagonista excusándose evasivamente.

Algo grave debió haberle hablado el joven huesped a su afligida prima. Así lo supuso la desdichada madre, a quien a los tormentos de la ausencia de Enrique, tuvo que agregar las mortificaciones de la pasión no correspondida é imposible de su hipotético sobrino, dada la diferencia de caracteres, instrucción y aún temperamento, de Evangelina y Carlos. Pensó que debía arbitrar algo para cortar la relación de ambos, confiando que el tiempo proporcionaría el recurso.

Débolo manifestar— mi buen amigo, — que por confidencias de mi discípula, supe que esta tuvo siempre poderoso ascendiente sorbe el apasionado primo, tratando éste de adivinar los gustos y pensamientos de su adorada. Bastaba una mirada de Evangelina para que Carlos comprendiese, obedeciese

ciegamente lo que más agradaba a la primera.

Tal ascendiente obraba en el ánimo de mi joven amiga, para que confiase, en el sentido de contener cualquier impetuosidad de su compañero de infancia y aún para llamarlo al razonamiento tendiente a disuadirlo de un amor imposible.

Parece que Evangelina tenía el poder de atraer a todos los seres que tenían la dicha de conocerla.

Cuando se sucedían los hechos que voy narrando, **día por medio,** concurría a la casa de mi vecina doña Carmelita, vale decir, cuando Evangelina no pasaba los días en casa.

Principié a maliciar, que algún pensamiento oculto de carácter afectivo hacía palpitar su casto seno.

¿Sería un joven estudiante que pasaba galopando en un tordillo negro por la calle de la Escuela, continuando su marcha al cerrar el largo circuito de la Cañada del Moyano y pasando al tranco por la casita de Misiá Carmen?...

VI

EL ESTUDIANTE

A la terminación del ciclo escolar de Evangelina, o lo que es lo mismo, al finalizar sus estudios en la escuela elemental donde ya ejercía el cargo de subpreceptora, realizóse como de costumbre, fiesta literario musical, naturalmente, desempeñando el primer papel la hermosa muchacha que atraía las miradas de los espectadores, sin distinción de edades y sexos.

Declamó sentidos versos amatorios con voz dulce, armoniosa e inflecciones propias del idioma del Dante que semejan suspiros más que palabras.

Luego, cantó una romanza de los antiguos troveros castellanos con acento pasional.

Después de un juguete cómico desempeñado por las demás niñas, Evangelina, entonó "La donna e movile" de "Rigoleto", temblorosa la voz de emoción.

Por último gargeó aires criollos que hizo las delicias del público, estallando salvas de aplausos al final.

Entre la concurrencia se encontraba un joven estudiante del colegio nacional de Mendoza, quien "se comía con los ojos", como vulgarmente se dice, a la reina de la fiesta; saboreaba la armonía de su voz; y, en su espíritu, parecía, filtrábase los acordes que brotaban de sus labios cual misteriosa inspiración.

Evangelina notó la insistencia con que la miraba el joven estudiante y, sin saber porqué, se turbó; bajó los ojos; lentamente, volvió la vista a la sala, se cruzó con el fuego que irradiaba la mirada del desconocido observador y... sus mejillas se tiñeron de carmín.

No pasó desapercibido para el estudiante, la turbación y el rubor que incendió la tez de la bella muchacha de bucles castaño-rubio, negros ojos, sombreados que contrastaban con la blancura inmaculada de su cutis.

Sonrióse el joven espectador con cierto aire de conquistador satisfecho.

La tímida y ruborosa "Flor del Moyano" sintió conmoverse su ser por una impresión tan desconocida qué no atinaba a comprender; mezcla de sorpresa, temor, preocupación por la apostura del joven que la observaba tenazmente. A su vez, furtivamente, observaba al desconocido.

Nuestro nuevo personaje llamábase Dardo

Ríos Corvalán que, de cuando en cuando, solía ir a las Acequias a casa de unos parientes de apellido Godoy, era un muchacho rubio, paliducho, un tanto pecoso, ojos verdosos. Sin ser buen mozo ni cosa parecida, se le podía calificar de simpático. Examinadas sus facciones en detalle no valían nada, pero el conjunto no desagradaba, sobre todo por su apostura elegante y aire desenvuelto.

Dardo frisaría entre los diez y ocho a diez y nueve años de edad, cuando conoció a Evangelina y se prendó de ella, más por la vanidad de una aventura que por verdadero afecto.

Sin embargo, gravose en su mente la imagen adorable de la cantante y recordaba a menudo, el acento, el acento acariciador de la fiesta escolar.

Previa información, pasó al día siguiente por la casa de Evangelina al trote de su parejero, acicateado por la curiosidad de saber donde moraba la linda muchacha y divisó a ésta bajo el parral ocupada en colocar unas hojas de cerraja a su canarito.

Al tropel, Evangelina, levantó los ojos y vió a su admirador que, sombrero en mano, le hizo cortés saludo, mientras la luz de sus ojos glaucos la enfocaba tenazmente hasta que aquélla púsose súbitamente encarnada.

Ese mismo año, el joven estudiante, obtuvo su título de Bachiller marchándose a

Buenos Aires a la Facultad de Medicina a seguir cursos del primer año.

En las vacaciones volvió a Mendoza, pasando a las Acequias y excursionando todos los días por los alrededores de la escuela y de la casa de Evangelina, algunas veces, cortando la ciénega y otras bordeando su curva por el costado sur-este, pués, cuando ésta no se hallaba en su casa, se encontraba en la escuela haciéndome compañía, siempre que no estuviese en la ciudad.

En una de esas excursiones, el apuesto gínete, al pasar por la casa de la "adorable cantante", como después solía repetir, pretextando que la montura inglesa se encontraba mal y el caballo inquieto, pidió permiso a Misiá Carmen para bajarse y arreglarla.

Mientras la chinita Marta tenía de la rienda del caballo, **Perico**, el pequeño ratonero de Evangelina, fué el primero que hizo relación con el joven estudiante, pues, moviendo la colita se le aproximó y apoyando sus patitas delanteras en su pierna derecha, esperó lo acariciase logrando su intento.

Con tal motivo fué invitado para que descansase un momento, pasando a la pieza de recibo que a la vez hacía de comedor.

Dardo rogó a Evangelina tocase algo en el clavicordio y cantase. Tocó algunas sonatas que sabía al oido pero no cantó nada.

De esta suerte se iniciaron las relaciones del estudiante con Evangelina, y su mamá.

Está demás decir, —que por lo menos,— dos veces por semana y algunas veces con más frecuencia, Dardo pasaba a ofrecer sus respetos a los moradores de la casita de la ciénaga charlando un momento y recibiendo los festejos de **Perico**, a quien le llevaba golosinas para contentarlo.

Como todos los pretendientes y conquistadores del corazón de las mujeres, el Doctor **en ciernes**, se manifestaba muy medido, muy culto en sus frases y modales, sin incurrir en una sola inconveniencia. Los cumplidos dirigidos a Evangelina eran siempre corteses y respetuosos. Misiá Carmelita no tenía nada que reprochar al visitante.

Cuando dos seres se comprenden, cuando existe una secreta inclinación hacia la ley universal del amor que tiene mucho de humano, pero que tiene más de divino, las palabras están demás y los ojos dicen y confiesan lo que no se atreven a pronunciar los labios.

Comprendiendo la desventurada madre que tanto había sufrido y sufría por la ausencia del elegido de su suerte, con quien no había podido legitimar su unión y que es lo que mayormente la atormentaba, se limitaba a hacer sérias reflexiones en el sentido de que, cuando el corazón de una doncella

se ha enagenado, hay que tomar sérias precauciones para no caer en los extravíos pasionales, que suelen amargar la existencia. Le decía, pués, que se mantuviese en una prudente reserva, hasta tanto no conociese las intenciones del estudiante y estuviese convencida de que sabría cumplirlas sin oposición de su familia. Añadiendo que Dardo era un joven de porvenir, miembro de una familia distinguida y que todas las madres ambicionan para la esposa de su hijo una reina y que meditase que élla era de humilde condición, dentro de los prejuicios sociales de todos los tiempos que había que respetarlos por la fuerza de la costumbre.

El impresionismo afectivo, talvez, pasajero de la fiesta escolar de un año atrás, atingido más por el afán de conquistador, pués, su apostura elegante, sus modáles y su verba de verdadero "pico de oro" le daba un gran ascendiente en las mujeres; el impresionismo entusiasta de la fiesta literario-musical, con el frecuente trato de "Flor del Pago" y su acento que acariciaba su accidentada y juvenil existencia—imprimiendo caracteres novelescos—en su imaginación, hizo que se trocase en verdadero afecto que no había sentido por ninguna mujer.

A medida que admiraba sus encantos y penetraba en la superioridad de su espíritu,

—Dardo,— comprendió que la adoraba y que había encontrado el ideal de su vida.

Notó con cierta sorpresa la hermosura moral, riqueza de sensibilidad y pureza del espíritu de su adorada inspirábale respetuosa admiración, poniendo coto a cualquier frase atrevida o equívoca a él que tenía fama de galanteador sin miramientos. El verdadero amor es siempre respetúoso.

Evangelina y Dardo nunca pudieron hablar solos con relativa libertad. Misiá Carmelita siempre se encontraba presente. Una que otra frase entrecortada, cambiaban mientras la dueña de casa salía de la pieza-comedor o se apartaba un momento de la galería donde trepaban los jazmines y diamelas, tenía para los amantes el embeleso de la mutua correspondencia comprendida, pero silenciada deliberadamente. La inmensidad del afecto de Evangelina hacia Dardo, se transparentaba en la dulce mirada de los ojos grandes, sombreados de aquella que se posaban amorosamente en los verdosos y serenos de éste.

Sintiendo el imperativo de expandir el amor que rebosa en su alma, el estudiante de medicina, escribió dos o tres cartas a la mujer de sus pensiamientos, donde volcó el tesoro de sus ansias amorosas, sin haber logrado contestación; cartas que fueron puestas en conocimiento de Misiá Carmen y que se

disculpaba la respuesto con pretextos de falta de tiempo. En la última, Dardo, se quejaba de la crueldad de Evangelina; decíale que estaba convencido de su indiferencia y aun aborrecimiento y que partiría a Buenos Aires para no volver jamás, dando término así, a un afecto incomprendido e imposible que atormentaba su existencia.

Evangelina, no pudo menos, que responder contrariando el mandato de su madre y el propósito que tenía de no mantener correspondencia amorosa con el joven que aparecía realizando el ideal de sus aspiraciones, en razón a que éste, no volviese a verla. Contestóle en estos o parecidos términos, lacónicamente: —"qué ella no lo aborrecía!" pintando de esta suerte, el exceso de su pasión de la misma manera que Andrómaca contestó a Héctor y suplicándole que no le volviese a escribir porque conceptuaba una imprudencia.

Tan sólidos eran los principios religiosos de nuestra protagonista y la afectuosa obediencia a la autora de sus días, ¡que habría perecido de pasión antes de faltar al cumplimiento de sus deberes! Cosa rara: La muchacha tímida, pudorosa, agobiada por melancolía inmotivada que se intensificó por el afecto que profesa a Dardo, poseía una energía moral capaz de todos los sacrificios, antes que quebrantarla, quizás, porque en

circunstancias determinadas, se reavivase en su alma el ímpetu serenamente guerrero de sus ascendientes cumpliéndose la ley de la herencia psíquica.

A oidos de Carlos llegaron los rumores de las contínuas visitas del estudiante a su prima Evangelina y los amorios que eran de suponerse.

Un buen día festivo, encontrábase Carlos en la casa de Misiá Carmelita, en la tarde, ginete en un moro, cayó Dardo,— encontrándose por primera vez los dos rivales.

Previas las presentaciones de estilo, Carlos clavó los ojos en el visitante, mientras éste hacía lo mismo aparentando indiferencia se sacudía el polvo de las polainas con la fusta.

Durante la conversación, el primo de Evangelina observando al visitante y a ésta; comprendió en la rudeza de su inteligencia, que éstos se amaban. Sus ojos desprendían relámpagos acerados, a extremos tales, — que Evangelina,— tuvo que contenerle con la mirada dándole a entender que debía tener un poco más de moderación y respeto. Carlos se calmó un tanto. Hízose embarazosa la charla por la actitud muda y airada del pariente de Misiá Carmelita.

Dardo, hombre educado, puso fín a tal situación y rompiendo el silencio conversó sobre diferentes temas: cultivo de flores, agri-

cultura, mejoramiento del ganado etc., dirigiéndose a Misiá Carmelita y Evangelina y especialmente a Carlos, quien contestaba con monosílabos y acento taimado.

Pretextando algunas diligencias, después de haber permanecido escasamente media hora, el visitante se despidió y ante la terca actitud de Carlos, se despidió de éste con una ceremoniosa inclinación de cabeza.

No bien se apagó el ruido del galope tendido del visitante, el hijo de Doña Martina González, pariente lejana de los habitantes de la casita de la ciénega del Moyano, y como tal primo hipotético de la bella jóven, preguntó: ¿si ese mozo era el estudiante que en el verano pasado galopaba por los linderos de la Cañada pasando por la escuela? Doña Cármen le contestó: que era un jóven muy cumplido que paraba en el fundo de los Godoy en los veranos y que lo contaba como a un amigo sincero. Dirigiéndose a Evangelina, le dijo: te mira mucho... ese "cajetilla" porque te fijará tanto la vista... Esta enrojeció sin contestar.

Rápidamente Misiá Carmen contestó:

—La mira porque tiene ojos y éstos son para mirar a las buenas mozas. Añadiendo enseguida con vivacidad nerviosa:

Tu debes saber, como te lo habrá manifestado Evangelina más de una vez, que:—Ella no tiene. ni puede tener por vos, otro

aprecio que el de un hermano y compañero de la niñez. Si lo dudas es necesario que lo sepas una vez más para que no lo olvides.

—Lo sé demasiado tía, replicó. Si le causa enfado mi impertinencia, con no volver a la casa todo habrá concluído.

—No es cuestión de que vuelvas o no vuelvas a la casa, ni que te enojes; si no es cuestión de sensatez y buen juicio para que en lo sucesivo no cometas inconveniencias.

Evangelina cortó el diálogo, posando sus hermosos ojos en su primo, llamando de esta manera al orden como tenía por costumbre de hacerlo y, Carlos, inclinando, la cabeza como un hombre que carece de voluntad y fuerza, enmudeció.

Días antes del primer encuentro, de los que he llamado rivales, el joven estudiante, me fué presentado en la finca del Sr. N. Bernal y en uno de sus paseos a caballo, se presentó en la escuela por la mañana y tuve la oportunidad de tratarlo. Después pasó varias veces por la tarde demorándose quince o veinte minutos en agradable conversación, interrogándome sobre lo que directa e indirectamente se relacionaba con mi ex-discípula.

La misma tarde en que el pobre y despechado Carlos recibió tan mal al estudiante, éste pasó por casa. y me contó lo acaecido en su visita, preguntándome que clase de

pretensiones abrigaba respecto a su prima. Le contesté que eran dos parientes, dos amigos de la infancia y nada más.

—Sin embargo — dijo — ese mocetón, ama a su prima locamente y no puede dominarse, no obstante de que ésta lo gobierne con los ojos.

—Es verdad —repuse,— pero ella jamás ha fomentado ese amor; por el contrario, le ha repetido que su corazón jamás abrigará otro sentimiento que el de una hermana para el hermano.

. . . .

. . . .

Pasadas las vacaciones, Dardo, volvió a continuar sus estudios a Buenos Aires, habiendo obtenido, por especial concesión de Misiá Carmelita, que le permitiese escribirle inquiriendo noticias de Evangelina.

Así fué; cada quince días, la mamá de mi ex-alumna recibía carta de Dardo con afectuosas salutaciones para Evangelina prometiendo aprovechar la primera oportunidad para tornar a las Acequias antes de las vacaciones; carta o cartas que se contestaban de inmediato retribuyendo los saludos.

La ausencia del jóven estudiante aumentó la pasión de Evaneglina por el hombre que la había despertado a la vida de los amores. El círculo negruzco de sus ojos se hacía más

intenso, quizás, por el insomnio, la meditación sobre el sér que llenaba toda su alma.

En los afectos,—la ausencia,—es como el viento:— apaga y extingue los pequeños e incendia más los grandes.

El preferido de Evangelina, no obstante sus pretensiones de Tenerio afortunado; orgulloso de la sonoridad de su apellido muy vinculado a los González-Videla; e infatuado con la perspectiva del título universitario que perseguía, como lo son todos los **jóvenes bien** de nuestras capitales de provincia, —en el fondo,— era un buen muchacho en toda la aceptación de la frase: honrado, de buenos sentimientos y amante de todo lo digno, noble, grande, moralmente considerado.

VII

LUCHA MORAL

Mi ex-discípula tuvo confidencias que me abrieron su corazón en el cual leí como en un libro.

Dardo y Carlos embargaban por completo su pensamiento en ansiedades afectivas de diferentes naturalezas, estableciendo así lucha intensa en su alma.

Amaba al primero como se ama una sola vez en la vida; deleitaba su imaginación con los recuerdos del objeto de su cariño, sintiendo el eco de su voz, su palabra cálida, convincente que,— discurriendo sobre todo lo noble, lo justo y lo bello— la trasportaba a las regiones de lo desconocido.

No solamente sentía afecto profundamente apasionado por el elegido de su corazón, sino también admiración, respeto, entusiasmo por la superioridad de su espíritu, la robustez de su inteligencia y su cultura poco común en mozos de esa edad en que solo la frivolidad impera.

Conceptuábalo como "su señor y dueño",

a manera de los esposos bíblicos o mujeres de oriente. Comprendía que era un deber sacrificar su existencia en holocausto de su amor, exceptuando su dignidad y reputación considerados superiores a su mismo afecto.

De temperamento moralmente enfermizo, Evangelina, meditaba en las resistencias que provocaría su hipotética unión con Dardo, en la familia de éste, tan pagada de la tradición de su apellido y al porvenir del clínico en perspectiva.... Ya habían llegado a sus oidos las murmuraciones de los parientes de su adorado, significativas de que era tontería, que la **muchacha de la Cañada del Moyano, por más linda que fuese**, pudiera aspirar al nombre de Dardo y que, equivalía a un absurdo pensar tan siquiera en un matrimonio, pues, consideraban que se trataba de entusiasmo momentaneo o amoríos de muchacho y nada más.

Ante cabilaciones de esta índole su corazón quería estallar en el pecho, el tinte azulino de sus ojos aumentaba las sombras circundantes y el ensimismamiento de su ser impresionaba dolorosamente a su pobre madre. Parecía vivir solamente la vida del espíritu ajena a los menesteres terrenales.

Algo infortunado, talvez, trágico, presentía su corazón, como la resultante de esta pasión que la abismaba y, se entregaba al placer del sufrimiento de sus locas ansieda-

des y temores que divisaba en lo confuso de su suerte por demás incierta.

Frecuentemente, en su espíritu, en los momentos de serena reflexión, asomaba la idea de renunciar, de combatir la pasión insensata que la consumía, si necesario fuese, arrancándose el corazón!

Las diferencias de clase social y posición pecuniaria existentes entre la familia de Dardo y su pobre hogar, se interponía como un abismo entre ella y su querido estudiante. Mortificada y herida en su amor propio, la tímida y bondadosa joven, por ímpetu atávico, adquiría energías capaces de ahogar su pasión.

Más de una vez como sombra fascinadora pasó la idea del suicidio por la mente de nuestra protagonista. La salvó la solidez de sus principios religiosos.

En los momentos de cruel vacilación, de lucha desesperada por un amor imposible que la atormentaba y consumía física y moralmente, no porque dudase de la rectitud y buenas intenciones de Dardo, sino de los prejuicios de su madre y hermanas; en esos momentos, de tortura espiritual caía de hinojos a las plantas de la madre de Dios que ostentaba a la cabecera de su lecho, y su espíritu ascendía en fervorosa oración deprecando resignación y consuelo, sobreviniendo estos instantáneamente. La

febril agitación, a menudo,— desesperante, —se remplazaba por dulce, reposada resignación no excenta de melancolía mística que acerca de las almas hacia su Creador.

Pero ¿cómo desarraigar la pasión que sentía Evangelina por Dardo absorviendo toda su existencia?...

No podía nada la fuerza de la voluntad, momentánea, de la joven amante, contra el afecto que constituía la esencia de su vida y que, a manera de perfume saturado de emanaciones oxigenadas y nocivas a la vez, iban consumiendo su naturaleza psíquica, a la par que promovían impulsos reactivos que la mantenían en pie encarando a brazo partido la lucha moral!

No digo para matar tan siquiera para atenuar el amor que la hermosa "Flor del Moyano" sentía por el estudiante, habría sido necesariamente indispensable arrancarle el corazón, es decir: suprimir su existencia!...

En lo que concierne a Carlos eran de diferente orden las preocupaciones.

Lo consideraba primo, pariente por lo menos, y como tal, vinculado por los lazos de la sangre y las afecciones desarrolladas entre las familias de ambos durante más de una década. No podía imaginarlo un extraño. Además había sido tan bueno con ella y continuaba siendo tan bueno como antes, no

obstante lo mal correspondido que resultaba el afecto que le profesaba soportando en silencio su desventura.

No podían serle indiferentes los sufrimientos y angustias del compañero de su niñez y primera juventud, máxime, cuando estas angustias y sufrimientos provenían de la adoración por élla. Indirectamente era culpable de la desgracia de Carlos que, desde que tuvo uso de razón, sintió una inclinación por la amiguita de sus juegos y esta idea la atormentaba sin poderla remediar.

Evangelina que por naturaleza y temperamento tenía simpatía por los que sufren y sentía repercutir en su espíritu los sufrimientos ajenos ¿cómo podía ser indiferente a las amarguras de la existencia de su primo?....

Dolorosamente se le oprimía el corazón y silenciosas lágrimas vertía cuando pensaba en el hermano de su adolescencia, cuando contemplaba su faz grave, aceitunada y sus ojos entornados por honda pena.

En un rapto de generosa compasión, de caridad cristiana, habría querido cambiar la naturaleza de los sentimientos que tenía por el compañero de su infancia, habría deseado amarlo como él la amaba, pero no podía a pesar de la benevolencia de que se sentía poseída, porque su corazón ya no le pertene-

cía, y el amor de Dardo absorbía toda, toda su vida!

Antes de entregarse al reposo, todas las noches, pedía a Dios iluminase su inteligencia, la confortase en la batalla que se libraba en su alma, por que no podía permanecer indiferente a los sufrimientos de su primo, ni podía arrancar de su espíritu la ternura infinita que sentía por Dardo, a quien lo sabían siempre noble, leal y amante.

Mayor conmiseración sentía mi joven amiga por Carlos, cuando éste con la sumisión y la lealtad del perro, soportaba mudo los pesares que oprimían su cerebro. sin más expansión que suspiros entrecortados; y cuando a la primera insinuación de aquella, bajaba la cabeza y asentía a todo como un esclavo.

En aquella época, me decía, mi ex-alumna que, serenado el espíritu por la lucha interna que soportaba, tenía la esperanza de que —su primo,—se fijase en alguna muchacha para tomarla por esposa y, de esta suerte olvidase de ella, una vez que se convenciese de que no podía abrigar otro afecto para él que el de un hermano, como se lo había repetido varias veces.

Entre tanto, pasaba el tiempo y Carlos no simpatizaba con nadie, ni se amenguaba el afecto que sentía por su prima. Por el contrario, su pasión crecía y se limitaba a

adorarla en silencio, con relativa tranquilidad y mucha sumisión, mientras su feliz rival se encontraba en Buenos Aires.

Terminarían los cursos universitarios y Dardo tendría que volver a Mendoza y trasladarse a "Las Acequias" y principiar sus correrías a caballo visitando a la "espiritual cantante", como decía refiriéndose a Evangelina y... ¿entonces qué es lo que ocurriría entre los rivales?

Asomó más de una vez esta interrogación a la mente de Evangelina.

Carlos tenía toda la valentía, parsimonia **cachazuda,** fuerza muscular y empuje de los que formaron el ejército glorioso de San Martín. Sin pestañear, talero en mano o cuchillo en mano, soportaba la acometida de un novillo bravío y lo dominaba.

Dardo, altivo, pundonoroso, sostenía como culto la dignidad humana. Hombre de honor no toleraría ninguna ofensa repeliéndola inmediatamente o acudiendo a las reglas caballerescas para repararla. A mayor abundamiento, tiraba el florete y la pistola. Pertenecía pues, a la estirpe de los French, Berutti, Echeverría, autor del "Dogma Social", Lavalle, Paz y tantos otros cruzados que guerrearon por la independencia y consolidación nacional.

Comprendía Evangelina que la suerte y la

vida de estos dos hombres dependía fatalmente de su albedrío.

¿Qué hacer para evitar el choque?...

¿Renunciar al amor de Dardo? ¡Imposible! Antes sacrificar su existencia!

¿Permanecer indiferente a las torturas de su primo Carlos y a las asechanzas que corría su vida?

Igualmente ¡imposible!...

¿Cómo solucionar el conflicto suscitado entre sentimientos tan contradictorios?

Sólo había una solución extremadamente radical: que Evangelina renunciase al mundo pasando el resto de su vida en un convento buscando la paz del espíritu en la oración.

El alma atormentada de mi joven amiga meditó hondamente en esta solución y, cuando estuvo a punto de resolverse en sentido afirmativo, consultó a su madre, quien con frases de amoroso consuelo la disuadió, proponiéndole en cambio un viaje a Italia, quizás, muy luego, pues, sentía la corazonada de que pronto tendría noticias favorables del oficial garibaldino,—su esposo,—si no ante la ley y la sociedad, ante Dios que penetra en el fondo de las almas y ve la santidad de las acciones.

Misiá Carmelita para disuadir a Evangelina del propósito de enclaustrarse, le dijo:

que había soñado muchas veces, que se encontraban en Venecia conjuntamente con su padre, en lo más alto del "Puente de los Suspiros", recreando la vista en la multitud de gondolas, pendientes de faroles de colores que surcaban los canales, tal cual le había anunciado y prometido Enrique, cuando proyectó un paseo por Italia. Agregando: que luego se realizarían los sueños, encargándose el tiempo, de solucionar las luchas de su corazón.

VIII

CARTAS

Pasemos a otro punto o puntos de la lucha moral que sostenía el espíritu selecto de Evangelina por exceso de superioridad mental, sensibilidad exquisita y estricto cumplimiento de lo que conceptuaba su deber.....

Dardo, lo suponía, no se contentó con escribir solamente a Misiá Cármen indagando de la salud de Evangelina, como había convenido antes de la partida.

A los dos meses justos de inaugurados los cursos universitarios, recibí una carta abultada del jóven estudiante, en la que me incluía otra para mi jóven amiga. Expresaba, le hiciera el favor de entregarla, después de imponerme de su contenido, añadiendo, que le prestase ese servicio — por lo más que hubiese querido en la vida!—

La carta en varias cuartillas, reflejaba sus impresiones de la gran capital hermanados a las dulces reminiscencias de sus paseos por el Moyano, donde la imagen de la mujer adorada florecía en todos sus pensamientos. En

resumen: era sentidamente apasionada, dentro de la natural sencillez de las frases, no exentas de cierta elegancia reveladora de la cultura de su autor.

Vacilé, si debía comunicar a la mamá de Evangelina, la llegada de la misiva, o debía entregarla a su destino.

Dada la idealidad de las relaciones amorosas de Dardo y Evangelina que no hacían si no, cumplir la ley de las atracciones morales, confundiendo dos seres en uno para levantarse hasta el trono de Dios — fuente de amor y de ternura; — y dados los términos precisos de la carta pasionalmente respetuosos, resolví entregarla en la primera oportunidad.

Tres días después, mi ex-discípula, temblorosa de emoción recibía la carta.

Noté que la esbeltez de sus formas se acentuaban mejor mediante la mesurada cadencia de sus pasos que interrumpía a menudo, para descansar y tomar aire.

Parecía que la hipertrofia de sus antepasados avanzaba oprimiéndole dolorosamente el pecho. Sus ojos más grandes y soñadores por el tinte de las ojeras denotaban mucha melancolía y ternura.

Antes de leer la carta, repetidas veces. pasó su mano derecha por la frente, como si quisiese ahuyentar un pensamiento cruel. mortificante.

Le pregunté, ¿qué es lo que tenía?— Nada me contestó y como si insistiese mirándola fijamente, añadió:

—Tengo el presentimiento de que estos amores acabaran mal... Que luego dormiré el sueño eterno, como "María" de Jorge Isaac, antes de que Dardo termine sus estudios.

—No hables tonterías — repúsele — afectando tranquilidad, alegría que no sentía, y le manifesté:

—Sois muy jóven y bella, llena de vida e ilusiones; amais y sois correspondida. El porvenir es vuestro. Apartad esos negros presentimientos y leed tranquilamente la carta del elegido de vuestro corazón.

Apoyada en una mesita, la "Flor del Moyano", leyó la carta mentalmente, poniéndose súbitamente roja o intensamente pálida, según las impresiones que recibía en el transcurso de su lectura. Hondo suspiro arrancó de su alma el último renglón, permaneciéndo silenciosa.

—¿Qué debo hacer?... Comunicar a mamá? ¿Devolver o contestar la carta?.....

—Pensarlo; consultar con la conciencia, antes de resolverse,—le contesté.

Volvió a la mañana siguiente. Me causó espanto las sombras intensas de sus ojos, seña inequívoca de una noche de insomnio,

llamándome la atención el acento trémulo de su voz. En tono confidencial expresóme:

—He pensado mucho, si cumpliendo con el deber de hija, debía o no comunicar a mi madre la carta recibida; y, sobre todo, si debía o nó contestarla. Sostuve batalla interna y después de implorar a María, madre de todos los dolores humanos, para que iluminase mi espíritu, he resuelto no angustiar más a mi pobre madre y contestar a Dardo. Haciéndo ligera pausa continuó explicando la razón de sus determinaciones en estos términos más o menos:

Mamá tiene conocimiento certero de nuestros amores con Dardo; ya otras veces se impuso de cartas que me escribió. A Dardo se le recibe en casa con simpatía, aunque con temerosa desconfianza por la segura oposición de su familia a nuestra unión. ¿A qué comunicarle lo que tanto sabe y nadie puede ni siquiera aminorarlo, con correspondencia directa o sin ella? El amor que siento por Dardo, es mi alma! mi vida! Primero la muerte, antes que renunciar a él. ¿Quien ha puesto en mi corazón ese afecto, puro como el incienso de la oración grande cual el infinito de los cielos?... ¡Dios y solo Dios!...

Sin darme tiempo a contestar, continuó acentuando con ternura las palabras.

Sería verdadera crueldad no contestar a

Dardo que la amaba—y sufría los rigores de la ausencia tanto o más que ella.

Escusado es decir, que apoyé las resoluciones tomadas por mi ex-alumna y jóven amiga.

Pidiéndome permiso sentóse en mi mesa de trabajo, y después de permanecer como hora y media redactando el borrador de la contestación, — enmendando — en todo o en parte, — me paso por fin para que leyese lo siguiente:

Moyano, Junio.....

Señor Dardo Ríos Corvalan.

Buenos Aires

Distinguido amigo:

No sé, si procedí mal o bien al recibir e informarme de su afectuosa carta que ha mitigado las vacilaciones y sufrimientos de mi espíritu.

Aunque hubiese resuelto no leer su carta, no habría podido resistir a la tentación de imponerme de su contenido.

Veo que recuerda sus paseos y visitas en las Acequias, sin olvidarse de nosotras. No podía esperar otra cosa de un amigo tan bueno y sincero como es Vd.

Después de meditar mucho, llegué a la conclusión de que, no debía contestar su carta, sin consentimiento de mi madre; pero un impulso superior a mi voluntad. cuya naturaleza no comprendo bien me obliga a res-

ponderle dando así expansión a los sentimientos que abriga mi corazón.

Mi mamá, la señorita Cristina, todos nos acordamos de Ud. sobre todo, en la hora que declina el sol imprimiendo en los pastizales de la ciénega, los árboles y el ambiente un tinte melancólico; hora en que solía pasar al galope tendido de un lindo caballo **moro**.

Por simple asociación de ideas, parece, que percibiese el aroma de los jazmines y madre selvas, en pleno invierno, y que tanto le gustaban a Ud.

¡Que felicidad vivir en el recuerdo de las personas queridas y ausentes, a través de la distancia de centenares de leguas!

Querría decir y contarle muchas cosas que siente mi alma y bullen en mi mente; más no alcanzo a darles forma mucho menos a expresarlas por escrito.

Pueda ser que alguna vez, me sea dado manifestar lo que Ud. adivina y comprende con su clara inteligencia.

Su amiga y S.S. — Evangelina.

Pasada en limpio, la rotuló, cerró y lacró encargándome que la remitiera a la oficina de Correos de Retamo, capital del Departamento de Junín.

De esta suerte quedó establecida la correspondencia de Evangelina con el discípulo de Hipócrates.

Los seres que viven en comunidad de sen-

timientos y que se cuentan sus cuitas amorosas, prescinden del formalismo respetuoso y se tratan lisa y llanamente de tú y vos.

Así se trataron en lo sucesivo Evangelina y Dardo en la correspondencia que sostuvieron.

Conservo en mi papelera algunas de las cartas cambiadas entre ambos y las tengo a mano, es decir, las cartas firmadas por Dardo y los borradores de Evangelina.

Después del trágico fallecimiento de la protagonista, las tomé de un cajoncito de ébano negro, especie de alhajero, liadas en cinta color de rosa y muy perfumadas.

La lectura de éstos le daran idea completa de los amores de los dos personajes.

Puede Ud. imponerse de éllas.

Leeré tan solamente algunas para no cansarlo.

Buenos Aires Agosto 29 de...

Adorada Evangelina:

Con impaciencia esperé contestación a mi última. Pasaron muchos correos y no tuve respuesta. ¡Cuan largos me parecían los días pendientes de la llegada del cartero o de tener la agradable sorpresa de encontrarme con una carta tuya a la vuelta de mis ocupaciones!

Por fín, ayer recibí una llena de esa letrita menuda, correcta, saturada del perfume de tu espíritu y la belleza moral de tus senti-

mientos castos y puros como, el primer ósculo de la madre al hijo que le tiende los bracitos al borde de la cuna. La leí dos, tres veces cubriéndola de besos y percibiendo la frescura de tu aliento y las palpitaciones de tu seno.

Tu que siempre te manifiestas seria, mesurada, reflexiva, dirás que soy un loco de remate. ¿Acaso el amor no es una de las formas más divinas de la locura del sentimiento? Los grandes pensamientos y las fuertes emociones afectivas ¿acaso no son anormalidades del cerebro y ultralimitaciones de los sentidos? Lo pasional no puede ser cuerdo, metódico, pedestre, por que la sobre excitación es febriciente, en razón de que vibran el pensamiento y el corazón al unísono, como el eter al contacto de la luz y el calor.

¡Amada mía! Siempre tu imagen la tengo presente en la aridez científica de los libros de estudio, en los análisis que ensayo y hasta en las discusiones de la mesa operaria. Estás siempre cerca de mí, a semejanza de alivio, de esperanza que me alienta en la lucha por la existencia fuera de los míos y muy lejos de tus encantos.

En uno de los párrafos de tu carta dices: que la ciencia parece que materializa el espíritu; que puede llegar hasta secar el corazón y matar los sentimientos generosos. Más

aun; que es contraria a la religión, error; prejuicio más que error.

La verdadera ciencia no materializa las ideas ni extingue los sentimientos de altruismo, diviniza el alma haciéndole entrever las maravillas de la creación ligadas al Supremo Ser por la ley de la casualidad.

La entraña humana, centro de las sensaciones afectivas, por contracciones de nerviosidad inexplicable, se expande en generosos sentimientos de solidaridad mundial.

Se armoniza la religión con la ciencia porque aquella es la disciplina de la inteligencia, la policía moral que regula la marcha de las sociedades en todo aquello que escapa a las sanciones de la ley y cae en el dominio de la conciencia individual. Solo la cursilería neocientífica puede afirmar lo contrario. El estudio de la medicina, no se opone pues, a la creencia de mis mayores y a la práctica diaria de la misma.

En cuanto a tus presentimientos desventurados, haz un esfuerzo de voluntad para no divagar sobre ellos. Sois bella, jóven, llena de salud y vida y el porvenir te sonríe.— ¡Evangelina mía! la sensiblería es mala consejera y hay que desecharla de la mente.

No tienes por que dudar de la realización de nuestros ensueños. Sois la elegida de mi alma. Nadie, ni nada podría oponerse al

afecto que te profeso y a los sagrados vínculos que nos unirá para siempre.

Te pido, no te preocupes más de las oposiciones imaginarias o reales de mi familia.

Esta se va haciendo muy larga y termíno. Enviote por intermedio de la Señorita Cristina, una magnolia **fuscata** y dos jazmines del Cabo.

Recibe los besos de mi alma.

Siempre tuyo.

Dardo

Mendoza, Moyano, Setiembre 10 de.....

Tu carta ha caído sobre mi alma, como rocío sobre flores abrasadas por el viento zonda o norte.

Me he sentido vivir y la penumbra de mi imaginación tuvo su rayo de sol que la coloró de rosa y nácar. Afirman que de ese matiz son las ilusiones.

Aunque tu nombre fuese la verdadera flecha que atravesase mi corazón, moriría con placer. Pero ¿por qué hablar de muerte, cuando me dices que estoy llena de juventud, llena de vida y el porvenir me sonríe?

Estoy más tranquila, siempre pensando en tus estudios y larga ausencia. Parece que estuviese más fuerte. No siento tanta opresión al pecho como antes, en que notaba un aplastamiento del corazón cada vez que una contrariedad nublaba mi frente. Han cesado las palpitaciones merced al sortilogio de tus

consejos. Sois un gran médico del alma y seguramente, lo serás de la existenca física una vez que te recibas de Doctor.

Dices, — que siempre me tienes presente. ¡Embustero! Yo puedo expresar más sin exagerar: vivo solo de tus recuerdos. Tu retrato está en mi corazón. Cuando diviso un ginete en el lindero de la ciénaga, me imagino verte gallardo y veloz devorando las distancias. Siento el galope de un caballo y mi corazón palpita con fuerza, por que creo que luego llegarás a nuestra pobre casita. ¡Qué desilusión al ver un transeunte que indiferente sigue su camino!

Cada vez que arreglo la enredadera de jazmines de Chile o abono el surco de azucenas, flores que mamá siempre te obsequiaba y que parecía, te gustan tanto, percibo más el hielo de tu ausencia que es capaz de paralizar mi vida por completo!...

A qué contarte más nimiedades que terminarán por cansarte.

Tus ideas sobre la religión y la ciencia deben ser las verdaderas. Solo por intuición comprendo estas cosas. Me place que seas creyente; y, si pudiera quererte más ¡lo haría por este solo concepto!...

Te diré por mi sola cuenta: que los preceptos religiosos que practicamos con amor y ardiente fé son poderosos incentivos del arte. No sé donde leí que: las vírgenes de

Murillo son la perfección de las lineas, forma y colorido inspiradas por la devoción a María, madre de Dios.

Agradezco los generosos sentimientos que abrigas respecto a nuestro común destino y que no sea inconveniente mayor las resistencias de tu respetable familia.

Quisiera no pensar en la enfermedad que me aqueja, enfermedad desgraciadamente hereditaria y fatal, y que, mi digna amiga la Señorita Cristina me dice — que es imaginaria.—

Todas las mañanas y las noches elevo mi corazón a Dios, pidiendo te colme de bendiciones y ventura.

Con algunos días de atraso recibí los jazmines del Cabo y la magnolia fuscata. Ya están trasplantadas en tinas. Cuando estés por estas tierras, en el verano próximo, ya tendrán flores que solamente serán para tí.

Te agradezco mucho las plantas. Las cuidaré con mis afectos, teniéndote siempre presente.

Mamá se queja de tí y dice, que ya no le escribes con la frecuencia y puntualidad de antes. ¿Por qué será?...

Siempre tuya. Evangelina.

IX

VUELTA DE DARDO

El primer beso

Con motivo de la correspondencia que Evangelina sostenía con Dardo, aquella me visitaba con más frecuencia, por lo menos, dos veces por semana; y cuando no podía venir a casa, recibía mensajes y papelitos por intermedio de la chinita Marta, en los que me pedía que pasase a verlas.

El trato se hizo cada vez más íntimo entre los habitantes de la casita de la ciénaga y su segura servidora. "La Flor del Moyano" ya no tenía nada oculto para mí: leía en su pensamiento cómo se lee en el firmamento la ordenada y serena rotación de los astros.

Solía decir en sus confidencias, — que sentía la necesidad de aliviar su corazón y su cerebro comunicándome todo lo que pasaba en su alma y rumiaba en su inteligencia.

Lógica apreciación y deseo. Las penas humanas se aminoran por el simple hecho de comunicarlas a un corazón amigo y recibir sus

consejos. Tal vez, de esta necesidad humana, nace el sacramento de la confesión que alivia la conciencia y limpia el pensamiento.

Evangelina, sentada en una silla hamaca, con la mano derecha apoyada en la mejilla y en dulce abandono, me decía: ¡qué ganas tengo de ver a Dardo! agregando luego: ¡cuán largos y pesados pasan los días y los meses! Apenas estamos a fines de Septiembre y faltan tres meses interminables para que llegue la época de las vacaciones!...

Haciendo un llamado a su sensatez y buen juicio no desmentido, le pedía que tuviese paciencia y que no desesperase; que los días correrían su curso natural, disminuyendo cada día uno hasta que se cumpliese el plazo llegando por fin la época de las vacaciones.

Felizmente entró en juicio y ya no se impacientaba con la lentitud del tiempo y cada día que pasaba — descontaba uno en un calendario que tenía a la mano.

Evangelina que pocas veces había reparado en sus encantos físicos, pensando en el ideal de su vida, consultaba muchas veces el espejo, se fijaba en el reflejo de su imagen, alisaba sus rizos, sin duda alguna, para que Dardo, a su vuelta, la encontrase más bella. Mirando al espejo me preguntaba, repetidas veces, con candorosa inocencia: ¿estoy linda? No lo quiero saber por vanidad, sino con el objeto de agradar a Dardo.

Mil proyectos concebía para la época del verano, reservando mentalmente, las primeras flores de su jardín y los primeros frutos del huerto para obsequiar al estudiante.

Entre tanto los días y los meses corrían y muy luego llegaría el 21 de Diciembre, la entrada del verano.

A fines del año que terminaba, por fin, "La Flor del Moyano", tuvo aviso de Dardo que, en los primeros días del nuevo año estaría en Mendoza e inmediatamente pasaría a las Acequias; que antes no le sería posible porque las mesas examinadoras no se reunían en razón de que varios catedráticos se encontraban en las playas del Pocito de la República Oriental.

El seis de Enero de 1878, día de Reyes, Evangelina se presentó en casa, a las nueve de la mañana, bien peinada con un vestido blanco de gasa que semejaba una ilusión sentándole admirablemente. Sonriente y contenta me abrazó y me besó, diciendo: no sabe que Dardo llegó ayer de Buenos Aires, y esta tarde estará a visitarnos. Mamá recibió anoche, una tarjeta, de mano de un trabajador del Sr. Godoy en que comunicaba su arribo a Mendoza y anunciaba su visita para hoy.

Mientras se alisaba el peinado con ambas manos, fijando sus ojos en la luna de un ropero que reproducía fielmente su imagen.

me dijo con aire de inocente coquetería: vengo a invitarla para que pase el día con nosotras y así nos acompañe a cumplimentar a Dardo esta tarde cuando nos visite.

Primera vez que la veía tan contenta. Los negros ojos le centelleaban con un aire de vivacidad inusitada, si se comparaba su expresión habitualmente melancólica.

—Qué guapa y linda está Evangelina, así me gustaría verla siempre, — le dije — invitándola para que tomase asiento. Luego, agregué:

—¡Qué hermosa la va a encontrar Dardo!

—¿Verdad? —repuso con entusiasmo.

—Más que verdad; realidad tangible para los sentidos y para el espíritu.

Media hora después, y previo aviso a la sirvienta de que no almorzaría en casa, cortando campo, nos dirijimos al nido verdi-negro de mi ex-discípula y su cariñosa madre.

Ayudé a Misiá Cármen y su hija en los preparativos de recepción al prometido aceptado, tácitamente, por todos los de la casa. Mermeladas, mistela; hermosos duraznos y rubios, ambarinos racimos de moscatel adornaban la mesa del comedor cargada de rosas lirios y jazmines chilenos en dos floreros que trabajosamente los contenían, saturando la salita de perfumes que atosigaban.

Serían las cinco y media de la tarde cuando paró a la puerta de la casita un cochecito,

Dardo de un salto franqueó el jardín y fué recibido afectuosamente por todos. Abrazó a Misiá Carmen, tendió la mano a Evangelina permaneciendo en silencio algunos segundos por efecto de la emoción y después me saludó con la cortesía acostumbrada.

Luego, bajó del cochecito un canasto que puso en manos de la mamá de Evangelina. Contenía el regalo de año nuevo; pan dulce, confituras etc. y cuatro botellas de vino Marsala.

Invitado a que tomara asiento en la galería,a la sombra de las enredaderas,inicióse la conversación sobre su largo viaje de treinta y seis horas de ferrocarril desde Buenos Aires hasta las proximidades de San Luis, y después dos días en galera y sus impresiones recogidas al volver a la campiña de las las Acequias. Dardo contestaba a todas las interrogaciones con la vivacidad y facilidad de expresión que era una de sus características para captarse la simpatía de las personas con quien trataba.

Mientras charlaba, sus ojos permanecían fijos en los de Evangelina que, con dulce expresión le comunicaban todo lo que pasaba en su ser al volverlo a ver tras larga ausencia.

"Perico", saltando, ladrando de contento se aproximó al estudiante; levantó sus patitas delanteras y lamió la mano derecha de Dardo, como reclamando la parte de caricias que le

correspondía. Fué atendido y recompensado: Dardo sacó del bolsillo figuritas de mazapan y se las dió al pequeño ratonero.

—"Perico", parece, que lo quiere mucho, — dijo Misiá Carmelita a Dardo.

—Está correspondido, — replicó éste, acariciando la cabeza del perrito.

—A Carlos, — aquién vé con fecuencia,— no es cariñoso con él. Algunas veces, creo que le gruñe, — agregó la dueña de Casa.

Pasamos al comedor. Misiá Cármen se sentó a la cabecera de la mesa, yo al otro extremo y Evangelina y Dardo quedaron frente a frente. Este último fué obsequiado con las frutas colocadas de antemano y tomando un melocotón y reparando en lo sonrosado y fino de su tersa superficie, — expresó — rivaliza con los colores de las mejillas de Evangelina. La aludida enrojeció por el cumplido del visitante.

Comió varios duraznos y medio racimo de moscatel el jóven estudiante y nosotras pan dulce y turrones. Servido el marsala, Dardo, tomando la copa, brindó por la felicidad de nosotras, por la pronta realización de la unión con Evangelina. Bebimos todos y en el transcurso de la conversación volvimos a libar el rubio licor.

Dicen que el vino aviva las pasiones y hace comunicativas a las personas más reservadas. La charla, en forma dialogada, se gene-

ralizó con mayor animación. Mi ex-alumna, con la faz rubicunda y los ojos centelleantes de pasión dirigía la palabra y respondía a Dardo con dulce abandono y emoción afectiva mal disimulada. Este, extasiado por los encantos de su adorada y el acento de su voz armoniosa no apartaba los ojos de élla.

Dardo, no pudo menos de exclamar "¡que bella está Evangelina! ¡no he visto en mi vida una mujer más hermosa!"... Misiá Cármen se puso coloradota y ancha de satisfacción, vagando por sus labios una sonrisa de legítimo orgullo.... La noble ascendencia de los Fiesole, asomaba a su mente. La "Flor del Moyano", sintió algo así como una descarga eléctrica a punto de accidentarla; reaccionando súbitamente sus mejillas se tiñeron de grana.

Misiá Carmelita abandonó el comedor haciendo yo lo propio. Quedó sola la pareja enamorada. ¡Cuantas cosas tendrían que decirse!....

La tarde declinaba rápidamente. Serían más de las siete. Misiá Cármen, que por lo visto, no se encontraba desprevenida, ordenó a la chinita que torciese el cuello a un pollo y se ocupó de preparar la cena, pues, posiblemente Dardo les haría compañía.

De cuando en cuando, me esomaba al comedor con el objeto de arreglar la mesa y los

presuntos novios interrumpían la conversación seguida a media voz.

Aproximadamente a las nueve de la noche, sirvióse la cena monopolizando la charla Dardo — quien describía los monumentos, paseos y vida del París Sudamericano, de la metrópoli Argentina con palabra cálida y fé en el grandioso porvenir de la región del Plata.

Evangelina y Dardo habían perdido la noción del tiempo, indudablemente. El reloj tocó once campanadas y aun nos encontrábamos de sobremesa.

Momentos después, el jóven estudiante, se despedía y se dirigía a las Acequias.

Volvió al día siguiente, por la tarde, y desde entonces principió a menudear sus visitas día por medio, cuando no todos los días.

Según me informó Evangelina, una de esas tardes en que tenía oportunidad de encontrarse sola la joven pareja, pues, Misiá Carmen preparaba el té, atendía a los quehaceres de la casa, o pasaba al gallinero; una de esas tardes hermosas del mes de Enero en que se hallaban sentados en el comedor y el sol descendía lentamente en el occidente entre nubes de oro y grana; en esos instantes en que las flores e hierbas exhalan con fuerzas sus perfumes; en que la naturaleza, parece, desfallecer en el ritmo armonioso de sus galas, a semejanza de suspiro que se levanta

de la tierra hasta el infinito lleno de amor y reconocimiento hacia el Supremo Creador, por una atracción misteriosa, húmeda la mirada y palpitante el seno, las manos de ambos se entrelazaron y los labios,— poseídos de vértigo pasional, —se juntaron en un beso de ternura super-humana, en la comunión de dos almas enamoradas que se funden en una sola, en espíritu y en verdad. Silenciosamente, —al principio,— los labios de los amantes bebieron con deleite los afectos que rebosaban en sus corazones en esa conjunción espiritual para reventar después en sonoro ósculo.

El estallido del beso les hizo volver a la realidad, beso que debió haber repercutido en la galería de la casita, como la explosión de dos corazones tanto tiempo contenidos en sus ímpetus pasionales. Temerosos, cual si hubiesen cometido una acción reprensible, las manos se desligaron y las bocas precipitadamente rehuyern el contacto embriagador y los amantes guardaron conveniente distancia.

Permanecieron pensativos y silenciosos saboreando los encantos del primer beso cándido y puro de seres que se adoran con verdadera locura.

Misiá Carmen apareció y al notar el mutismo y compostura forzada de Dardo y Evangelina, sonrió maliciosamente. Talvez, llegó a sus oidos el eco del ósculo amoroso

que turbó la quietud y el silencio de la casita del Moyano. El deleite sensual del beso que embriaga, enloquece el corazón de una jóven candorosa, por reacción violenta, produjo en Evangelina, cierta aflicción rayana en el arrepentimiento por una acción desdorosa o incorrecta, sumiéndola en su melancolía habitual.

Dardo, acostumbrado a las aventuras galantes y en cuyos labios habían florecido los besos de muchas mujeres, también sintió temor pasada la voluptuosidad del aliento perfumado de la vírgen de sus ensueños.

¿Por qué se sentía temoroso?...

Por que el verdadero amor tiene la religiosidad de los sentimientos, aun tratándose de hombres carentes de sentido moral. Porque adoraba a Evangelina verdaderamente de un modo ideal y porque—el verdadero afecto—es siempre respetuoso aun tratándose de hombres atrevidos y sin escrúpulos.

¡Fugaz quimera es la felicidad! Por un momento de placer se suceden largos sufrimientos a veces, inmotivadamente.

Cerrada la noche, cuando Dardo y la "Flor del Moyano" se despidieron, hondos y entrecortados suspiros exhalaron ambos.

Al día siguiente, el jóven estudiante, no fué a la casita del Moyan. En vano la hermosa rubia esperó toda la tarde, con ansia loca, al elegante ginete.

Para resarcirse del día que Dardo no visitó a Evangelina llegó à la casa más temprano que de costumbre, no faltando en lo sucesivo ni un solo día, salvo que se tratase de una diligencia de carácter urgente o que se ausentase a la ciudad.

Infaliblemente, llegaba a la casita a las cinco de la tarde y se retiraba cuando caía la noche.

En la salita—comedor, o a la sombra de los parrales,—los novios—como ya se rumoreaba en el barrio y en todas las Acequias, leían versos, sostenían largas pláticas. El jóven Ríos Corvalan, daba explicaciones a su amada sobre asuntos científicos o literarios. Alternaban estas ocupaciones, tocando Evangelina el clavicordio y cantando, preferentemente, aires itálicos en el idioma del Dante. Otras veces, Dardo, suplantando a Carlos,—su rival amigo,— ayudaba a Evangelina en los trabajos de jardinería.

Dada la frecuencia y familiaridad con que Dardo, visitaba la casita del lindero de la ciénaga, díjele a mi linda y apasionada amiga: si había sido duradero el arrepentimiento del primer beso y por que tiempo; si no había reincidido en gustar la miel iblea de los labios de Dardo. Me contestó que no había reincidido enrojeciendo hasta la raíz de los cabellos.

Inter el idilio de la apuesta pareja se desa-

rrollaba en la casita de la ciénaga, culminando en el manjar pecaminoso de los besos, las hablillas fundadas e infundadas del noviazgo de Evangelnia y Dardo, llegaba a la ciudad alarmando a la familia linajuda del segundo.

En esos días, Misiá Cármen, fué informada de que,—Carlos,—se encontraba muy enfermo; displicente, descorazonado.

Los rumores del próximo matrimonio de su prima con el estudiante de medicina; rumores de mero abultamiento que habían avanzado hasta determinar la fecha del enlace, como es de suponer, produjeron la postración de su espíritu enamorado de lo imposible. Lo moral tiene una poderosa influencia sobre lo físico: Carlos postrado en cama soportaba los efectos de una fiebre intermitente que subía en el termómetro clínico a cuarenta grados, para bajar luego a treinta y seis y seis décimos, menos de la temperatura normal del cuerpo humano.

Como ya lo expresé: Carlos soportaba estoicamente resignado la falta de correspondencia a sus apasionados afectos,—por parte de su prima, mientras ésta viviese al lado de su madre; pero a la simple idea de que pudiese unirse a otro hombre oue no fuese el compañero de su niñez,se sublevaba todo su ser y una nube de sangre cruzaba por su mente. Su inteligencia ruda embotada por una pasión feroz, que respondía a los sentidos, sin

que los principios religiosos pudieran contenerle, solo concebía el exterminio del venturoso amante, de su misma prima y de su propia existencia.

Completando estas informaciones, la mamá de Evangelina, recibió una carta de su parienta Doña Martina González viuda de Maciel, en la que, en tono cortesmente amistoso, entre líneas, reprochaba la conducta de Misiá Carmen y de Evangelina, causal de la enfermedad de su hijo.

Decíale al final—que Carlos tenía deseos de verlas—y que tan pronto como pasase la postración, les haría una visita, pues, el médico le había manifestado, que en dos días más podría levantarse.

X

CABALGATA

Debía trasladarme a la ciudad en la tarde de ese mismo día, a fin de realizar algunas diligencias y cobrar un mes del miserable sueldo que nos asignaba el presupuesto, a cuenta de los muchos que nos adeudaba la Superintendencia de Escuelas, pues, como Vd. comprenderá—la maestra de escuela—es siempre el último mono del presupuesto.

En la mañana del mismo día de mi partida, jueves, se presentó Dardo en la casa de la Escuela manifestándome que, en nombre de mi ex-discípula, Misiá Carmen y el de él me suplicaba aplazase mi viaje por unos días, en razón de que el sábado tenían un paseo a caballo; que venía a convidarme especialmente, y que yo—forzosamente — debía tomar parte en la excursión. Accedí gustosa al pedido.

En ese momento cayó la chinita Marta pasándome un papelito de Evangelina, en el cual me invitaba al paseo y me pedía,—por todos los santos y vírgenes del cielo, suspendiese

mi viaje, encargándome a la vez, que entre mis alumnas y relaciones consiguiese monturas de mujer solamente, por cuanto los "caballos lindos y mansos" corrían por cuenta de Dardo que obtendría del fundo de los Godoy.

Felizmente todo estuvo listo el viernes en lo que concierne a los sombreros, faldas de amazonas, monturas de señora etc.

La cabalgata se compondría de tres parejas: ginetes y amazonas, Evangelina y Dardo; la señorita Luz Olmedo amiga nuestra y un mozo estudiante de Derecho Jorge Fúnes muy camarada de Dardo; y la suscrita que no tenía acompañante—por el momento— y que el día del paseo, se harían las diligencias del caso.

Por lo que personalmente me atinguía en el paseo, lo realizaría sin entusiasmo; por compromiso amistoso y por sincera camaradería hacia Evangelina y Dardo. Esto no quiere decir, que no me divertiese en el paseo y en grande.

Una excursión a caballo por las inmensas alamedas y plantíos de las Acequias, presume un cambio de impresiones encantador que vigoriza el cuerpo y alivia el espíritu.

El sábado, por la mañana, día del paseo, llegó Carlos cuando los excursionistas nos encontrábamos en lo de Misiá Carmen. Su constitución recia, robusta, la fiebre y el insom-

nio, habíanle adelgazado un tanto. El color bronceado de su rostro hallábase medio blanquecino, por la intensidad de la palidez. Aún en su cuello "toruno", signo inequívoco de fuerza y energía, percibíase cierta disminución en su volúmen.

Después de las salutaciones de estilo, se le informó del paseo a caballo de la tarde. Manifestóse aparentemente tranquilo y la expresión de sus ojos sombríos denotaron indiferencia, muy cercana a la resignación obligada.

Conceptuando que tendría que formar parte integrante de la cabalgata, Misiá Cármen y su prima lo comprometieron al paseo. Por mi parte reforcé la invitación, rogándole que fuese mi acompañante. No obstante de ciertas reservas y excusas, de invitado de última hora, — aceptó el paseo.

En estas circunstancias llegaron las cabalgaduras de la finca de los Godoy. Tres caballitos mansos y bonitos "como para la silla del señor Cura" al decir de Misiá Cármen. Un tordillo negro de crin y cola espesa, bien cuidado, de cabeza pequeña, ojos vivaces; otro castaño y el último gateado.

Carlos sin pronunciar una palabra examinó los caballos, eligió el más manso y bonito para Evangelina que resultó el tordillo negro, por cuanto, era la primera vez que iba a subir a caballo.

Resolvimos efectuar un ensayo, para que Evangelina se sujetase al aprendizaje, siquiera un par de horas de equitación.

Ensillados los dos caballos, Carlos, levantándola del talón, colocó a su prima en la montura como quien alza una pluma, y le pasó la rienda. Luego las tres muchachas nos encontramos a caballo y tomamos por el lindero de la ciénega sureste. Tan pronto como Evangelina perdió el miedo, se afirmó en la silla; maquinalmente principió a guardar equilibrio y animando a su cabalgadura la hizo salir a un marchado airoso rompiendo así la marcha, que seguimos los componentes de la cabalgata.

De esta suerte circundamos la ciénega en una distancia de tres kilómetros.

Alentada por el feliz ensayo, mi ex-alumna, gravitó en la silla con soltura y donaire y afirmando las riendas castigó con una barilla de tamarindo al tordillo negro que salió galopando suave y acompasadamente.

Carlos marchaba a retaguardia — listo — para atender a su prima en cualquier emergencia.

El galope se hacía más tendido, Evangelina reía y charlaba con todos nosotros castigando al manso animalito.

Resultaba pues, la "Flor del Moyano" tan gineta como sus compañeras, con mayor soltura y elegancia. Revelábase toda una ama-

zona. Se confirmaba la ley de la herencia. No debía olvidarse que su abuelo fué un sargento mayor de Dragones y su padre un oficial de caballería; sus ascendientes por línea materna eran los Señores del Desierto, los Centauros de la Pampa.

Casi a medio día y después de un galope proximamente de dos horas durante las cuales cerramos todo el ovalo de la ciénega volvimos a la casita de Misiá Carmelita.

Evangelina tornó encantada de su ensayo y deseosa de que llegase la hora indicada para que partiese la cabalgata.

Pasamos a la mesa y almorzamos con mucho apetito sin excluir al amartelado Carlos, a quien todos compadecíamos de corazón y estimábamos por sus buenas cualidades.

Evangelina — impaciente seguía la marcha del sol ansiando que éste declinase para realizar el paseo entusiasmada por el buen éxito del ensayo.

Dardo con generosidad de verdadero caballero y exteriorizando sus buenos sentimientos cumplimentó a Carlos y le propuso que fuese el gentil acompañante de su prima. Este aceptó la distinción de que era objeto, se puso timidamente al lado de Evangelina y las tres parejas de jinetes se pusieron en marcha en este orden: Evangelina y Carlos en primera fila; Luz Olmedo y Jorge Fúnes

en la segunda; y la suscrita y Dardo cerrando la tercera.

Rumbeamos a la calle de "Las Acequias" casi, frente a la propiedad de Don Carlos González Videla tomando hacia el oeste a galope tendido y siguiendo las sinuosidades de la angosta vía flanqueada por corpulentos álamos.

Al llegar a las cercanías del fundo de Don Federico Godoy, — Evangelina, —aprovechando la circunstancia de que su primo apretase la cincha de su cabalgadura se puso a la par de Dardo, y yo me apresuré a formar la primera linea teniendo por compañero a Carlos.

Poseídos de la cadencia ritmica del galope y del vértigo de la velocidad relativa de las cabalgaduras continuamos avanzando siempre en dirección al poniente. Avistamos el **potrerito** de Don Angelino Arenas que medía cien cuadras; pasamos el fundo de Don Felipe Calle, la finca de los Vargas y luego llegamos a los dominios de Don Segundo Correa.

Después de hora y media de galope, alternando con pequeñas marchas, llegamos al Molino de los Oyarzábal: Don Lorenzo y Don Domingo: dos dignos representantes de la raza castellana noble, hidalga, servidora; dos industriales asimilados a la vida de nuestra campaña.- La hospitalidad de estas gen-

tes era conocidísima en los Departamentos de Junín , San Martín y San Isidro. Cualquiera que llegaba al Molino tenía asiento en la mesa a las horas de la comida o cena una cama en la noche y —permnentemente- un botellón de vino carlon en la mesa del comedor para aplacar la sed de los transeuntes o visitantes, pues, la vinificación de cuatro o cinco hectáreas de uva criolla estaba afectada exclusivamente a esta especie de carga o atención pública.

En esta casa hospitalaria descansamos un momentos cumplimentados por los viejos castellanos, saboreando rica mistela y refresco de grosella las muchachas y genuino y seco vino criollo nuestros acompañantes.

Don Lorenzo y su hermano Domingo por cuyas venas corría un torrente de sangre juvenil no obstante sus cincuenta y cinco o sesenta otoños, impresionados por la hermosura de Evangelina no apartaba sus ojos de ésta dirigiéndole **chuscadas** de buena ley alusivas a la esbeltez de sus formas, a la suerte loca de su conquistador Dardo y al amartelamiento incurable de Carlos.

Don Lorenzo con una **frescura** encantadora y acariciando los rizos de la rubia cabellera de Evangelina que caía en ondas sobre su espalda, y afectando tono **confianzudo** dijo:"¡qué moza más guapa!" "¡buena oreja

y linda pata!" "¡destinada a producir treinta niños rubios a la Provincia!"

Dirigiéndose a Dardo expresó: mozo delgaducho y **fieron**, pero **suertudo**; jamás formará linda pareja con la rubia del Moyano.

Del Molino tomamos el mismo camino con dirección al este, como se dice vulgarmente — a **media rienda** — hasta la calle pública que va al norte para caer a los Sauces, siguiendo por ésta a la finca de Don Nicolás Bernal. Detuvimosnos un momento charlando con la Señora Susana Villanueva y su hija Clarita.

Continuamos la calle de los Sauces costeando la ciénega del Moyano por el norte llegando al Carril Nacional por el éste hasta la finca de Don Manuel Antonio Contreras donde la Señora Juana y sus dignas hijas nos recibieron cariñosamente obligándonos a que bajásemos un instante. Pasamos a la sala obsequiándonos dulces, confituras y chicha-champaña chilena. Se hizo música y Evangelina con acompañamiento de piano cantó con aire sentimentalmente — picarezco algunas canzonetas napolitanas.

En el programa de la cabalgata entraba la visita al Molino de Don Germán Corvalán, (hoy de Orfila) la villa del Retamo y la casa de Don Román Cano verdadero patriarca, y fundador del Departamento de Junín.

De la casa del señor Contreras tomamos

hacia el noroeste, bordeando esa parte de la ciénega y con dirección al Molino por sinuoso sendero hasta aproximarnos a la calle pública que nos condujo directamente. Una vez en el Molino se nos recibió afectuosamente por las muchachas y los muchachos: Lola, Carmen, Rosario, etc.; Germán y Gregorito que entonces era poquito más que un pibe.

Encontrábase en el Molino el Dr. Julián Barraquero, abogado jóven, talentòso, aureolado por su tésis "Espíritu y Práctica de la Constitución Argentina" ¿En que calidad se encontraba? pues de cortejante de Lola, con quién se unió después constituyendo uno de los hogares mendocinos donde florecen las virtudes cristianas y domésticas.

Evangelina, —la reina del paseo— atrajo las miradas de los miembros de la familia Corvalán, quienes ya habían oido hablar de la sin par hermosura de la "Flor del Moyano". Dardo vinculado a esa respetable familia por el parentezco, hizo la presentación de nuestra protagonista ruborizándose ésta —cuando aquel— expresó: "distinguida y noble amiga" subrayando la frase con afecto apenas disimulado.

Casi a coro las muchachas Corvalán exclamaron — ¡que simpática pareja!...

Reanudada la marcha al paso lento de los caballos y en amena conversación — cada amazona con su caballero, volvimos al Carril

Nacional con dirección al Retamo. Nos aproximamos a la Plaza; avistamos los jardines, en cuyo centro se alzaba un gigantesco sauce llorón plantado por Don Juan Antonio Guevara tronco de numerosa descendencia toda masculina.

Al tranco de las cabalgaduras dimos vuelta la Placita y el trazado de la Villa. Divisamos al Tata Don Ramón Cano, a caballo, llevando uno de sus nietecitos adelante y parado a la puerta de una casita de tupidas enredaderas de suspiros. Dos muchachonas, probablemente sus ahijadas, le obsequiaban ramitos de agua-de-nieve y albacas.

Tomamos por el Carril hasta el naciente y llegamos a término de paseo: la casa del viejo fundador de la Villa.

Romanita, Celina y Belisario nos dispensaron los honores de gentil acogida, instalándons en la ancha galería para aspirar el aire sur que soplaba fresco y dulcemente.

Evangelina y Dardo embriagados por el placer del mutuo afecto, la admiración de las personas que los contemplaban,—participando de su felicidad,—(si excluímos a Carlos) y la excitación continuada del galope que convirtió en dos rosas las mejillas de la primera y en tinte nacaradamente rojizo la faz del segundo, atraían las miradas de todos promoviendo frases de cumplido para la apuesta

pareja a la vez que felices augurios respecto a la cercana unión.

Pasando a la sala, Belisario Cano, a invitación de Luz Olmedo, tocó un schotis español, una habanera y por último, una mazurca con bastante limpieza y melodía; piezas que aprovecharon Jorge Fúnes, Dardo y sus compañeras.

A múltiples solicitaciones, con naturalidad, Evangelina tocó y cantó en el piano unas "Vidalitas" con acento de exquisita ternura que evocaba no se qué sentidas añoranzas. Su voz,—trémula de emoción,—arrullaba como una caricia, sobre todo, cuando entonó esta sencilla estrofa:

"Una palomita,
Vidalita,
Que yo la crié,
Viéndose con alas,
Vidalita,
Volando se fué."

Febril palmoteo ahogó el último verso de la vidalita.

Después de saborear té con pastas emprendimos el viaje de retorno por el Carril Nacional hacia el Oeste.

La majestuosa quietud de la tarde, el perfume que exhalaban las yerbas y los durazneros cargados de frutos parecía envolvernos en ensimismamiento pesado, soporífero tras las fatigosas impresiones del paseo.

El sol en el ocaso reverberaba como gigantesco globo en la honda luminosa del cielo, entre nubes de oro, fuego y tintes sanguinolentos de formas caprichosas que simulaban montañas y castillos fantásticos.

De cara al sol, castigando los caballos, rompimos el tendido galope levantando densa polvareda y aprovechando la buena disposición de las cabalgaduras que corrían voluntariosas con dirección a la querencia. Sentíamos el placer de la carrera que mecía nuestros cuerpos en rítmica gimnasia, haciendo ondular el talle de las amazonas cual palmeras al contacto de la brisa perfumada y los bustos de los ginetes con marcada gallardía militar como avanzando a la línea de fuego.

Excitados los animales por la caricia de las varillas de las muchachas y el instinto de llegar al término de la jornada, el galope se hizo más intenso, más largo, confundiéndose con la carrera desenfrenada.

Al acercarnos al bajo del Moyano, tomamos a la izquierda pasando por el Molino de Don Benjamín Reta, padre de Salvador, Pastor dos muchachas y tronco de una distinguida familia; y de allí tomamos la calle de las Acequias.

A medida que la anchura de la calle lo permitía galopábamos por filas de cuatro tres y dos ginetes entre nubes de polvo y alegres **dicharachos** y risotadas de la comi-

tiva que influían en el ánimo del taciturno Carlos, quien ya no se manifestaba tan terco y callado como al principio del paseo. Cuando corríamos con mayor intensidad, una mala pisada del animal que cabalgaba la Señorita Luz Olmedo, dió lugar a que ésta perdiese el equilibrio y cayese en tierra — muellemente — por pura casualidad. Jorge Fúnes su acompañante, de un salto estuvo en tierra y se apresuró a levantar a Luz toda empolvada por el revolcón. Felizmente no pasó de un simple susto la caída de la amazona y de un pequeño accidente que vino hasta cierto punto a romper la monotonía de la carrera.

Luz sin reparar en el revolcón y más animosa para continuar el galope, colocándose a la par de Jorge, y animando a su caballo, emprendió con mayor fúria la carrera seguida de toda la comitiva.

Después de una hora de galope y cuando las sombras de la noche invadían la hermosa alameda, nublando nuestra alegría, costeando por la ciénaga, por fín, llegamos a la casita de Misiá Cármen.

Descontado el pequeño percance de la caída muelle de la simpática Luz, —el paseo a caballo,— resultó muy divertido y encantador.

Evangelina, una vez que se apeó cayendo

en brazos de Dardo, pasando la mano por la crin acarició al tordillo-negro.

—¿Le gusta el animal?—dijo el estudiante de medicina a la "Flor del Moyano"—Mucho—contestó ésta.

—Si lo quiere, ahí lo tiene a su disposición; aunque no es mío, yo me entenderé con su dueño por el precio.

—Muchísimas gracias — se apresuró a contestar Evangelina y el caballito tordillo-negro pasó a ser de su exclusiva propiedad.

Luego que cenamos, Dardo y Jorge Fúnes, se retiraron. Luz y la suscrita nos quedamos esa noche acompañando a Evangelina y Misiá Cármen.

XIV

LA TRAGEDIA

Concurrimos el jueves y viernes a las caídas en el carrito facilitado por el papá de Luz siempre guiado por el estudiante de medicina. Este, habíase convertido en excelente guía picanillando a los bueyes con acierto, a fin de atenuar los bruscos remesones orillando los baches y tratando de no salir de la huella.

Jorge y Luz fundidos en amorosa simpatía, emulando a mi ex-discípula y su prometido, se les veía "de picos pardos" en los viajes traqueteados del carrito.

Desde las primeras horas de la mañana,— el sábado de Dolores, — me instalé en la casita del Moyano a pedido de Misiá Cármen y su querida hija.

Los sucesos de este día se han grabado profundamente en mi memoria y los recuerdo con precisión.

Me llamó mucho la atención, el semblante desencajado de Evangelina y la languidez pesarosa de sus movimientos.

Su tez nacarada donde a menudo afluía el rubor a sus mejillas y el carmín a sus labios — tenía palidez casi, cadavérica — El semicírculo de sus ojeras había aumentado de extensión y de sombras. Sus grandes y negros ojos de expresón dulce y bondadosa que fascinaban atrayendo las miradas; "ojos brujos" — como los llamaba su primo Carlos — denotaban cierto aire de extravío y hallábanse velados por inmensa tristeza.

Interrogué a mi amiga —¿Qué es lo que tenía? ¿qué le pasaba? — contestóme:

—No he pegado los ojos en toda la noche, ¡no sé lo que pasa en mi alma!... ¡siento desasosiego, intranquilidad, inquietud tan nerviosa como inmotivada!... Imploré a la Santísima vírgen, toda la noche, me otorgase un poco de paz para mi atormentado espíritu.

—Hay que dominarse — repuse — Basta pequeña fuerza de voluntad para ahuyentar las penas imaginarias y disipar el pesimismo siempre de caracter enfermizo.

—Dicen que el corazón es muy leal. Algo me amenaza; fatalmente algo me espera,— dijo mi amiga — subrayando las palabras.

Alarmóme el recrudecimiento agudo de sus presentimientos fatalistas.

Misiá Cármen que escuchaba la conversación, aparentando tranquilidad que estaba muy lejos de sentir, terció en ella y con fra-

ses razonables trató de levantar el estado de ánimo de su hija, haciéndole comprender que nada podía existir, ni siquiera explicar los sobresaltos y desconocido temor que la afligía.

Por mi parte, — yo siempre he creído en los vaticinios del corazón — que deben reposar en leyes fisiológicas y psicológicas hasta ahora desconocidas. Considero,—que ciertas personas de sensibilidad afinada y robusta inteligencia, poseen — una especie de sexto sentido—que podría denominarse —el de **la—previsión.**

Desde estos puntos de vista, las corazonadas de Evangelina me infundían serios temores sin saber a que atinar.

Contrastando con los presentimientos de la "Flor del Moyano", el día sereno, templado, sin ser caluroso, resplandecía luminosamente bello. El purísimo azul del cielo, sin una sola nube, permitía recortarse en la lejanía del horizonte las interminables alamedas, el arbolado macizo de los frutales y los cultivos en general de un verde intenso matizado de suaves tonos. Día hermosamente sereno, de calma inifinita donde no se movía una sola hoja de los árboles, signo precursor de seguro temblor — al decir de las gentes del pueblo.

En la tarde, como de costumbre, llegó Dardo, e informado del estado de su novia, no

pudo disimular la dolorosa impresión que le causó y los temores que abrigaba respecto de la afección cardiaca que podía precipitar fatal desenlace.

En consejo — que podré llamar — de familia, — se resolvió asistir a las caídas de esa noche a caballo, a objeto de que el viaje ida, como de vuelta, se realizase rápidamente en previsión de que Evangelina empeorase, a cuyo efecto Misiá Cármen y yo nos trasladaríamos en el cochecito proporcionado por el jóven galeno.

Al cerrar la noche nos pusimos en marcha. Luz, Jorge, Evangelina y Dardo a caballo. Después las personas de mayor edad y experiencia en el consabido cochecito.

A los veinticinco minutos de trote, medio inglés, estuvimos en los Barriales.

Terminada la práctica religiosa, como a las diez y pico hallábamonos de regreso en la casita del Moyano sin ningún contratiempo.

Luz acompañada de su hermano tomó para su casa, y Jorge se retiró con dirección a la finca de Don Segundo Correa donde se alojaba.

Por un brusco cambio de temperatura, frecuente en la época de los grandes calores, la apacible y hermosa noche de luna, tachonada de estrellas de mayor magnitud, habíase trocado en brumosa, destemplada, car-

gada de ráfagas que barrían el suelo levantando polvo en los caminos. Densas y arremolinadas nubes cubrieron totalmente el cielo en pocos minutos oscureciendo el paisaje plateado y amenazando tormenta de verano por los relámpagos que se divisaban lejos, avanzando del sud.

¡No sé qué sensación de angustia oprimía mi pecho!

¡Algo semejante debía pasar en el corazón de Misiá Cármen a juzgar por la expreśión de su rostro grave, pensativo!...

Pasó graznando una bandada de cuervos.

Encontrábamosno en el dormitorio la suscrita y la mamá de mi amiga y ex-discípula. Dardo y Evangelina habíanse quedado conversando — en la galería — al abrigo de las bocanadas de aire frío que soplaban con fuerza, protegidos — de las miradas indiscretas, — por la oscuridad que proyectaba el parral.

De repente percibí el ruido de pasos prelipitados e instantáneamente sentimos un grito agudo y doloroso que nos paralizó la sangre; grito al parerer, proferido por mi querida ex-alumna.

Corrimos a la galería y nada podían distinguir nuestras pupilas **encandiladas** por la brusca transición de la luz a las sombras y espanto.

A la claridad de una centella que se des-

cargó atronando el espacio, pudimos divisar, confusamente — a Evangelina — tendida en el suelo — manándole abundante sangre del pecho, debatiéndose en convulsiones agónicas, y a Dardo, medio hincado, sosteniendo la cabeza de su adorada con expresión enloquecida.

Prorrumpimos en sollozos.

Misiá Cármen, desvanecida, cayó de bruces sobre el cuerpo de su hija, pretendiendo restañar, — con las manos trémulas, — la sangre por donde se le escapaba la vida y cubriendo de besos su frente.

¡Yo no sé como no perdí la razón sacudida brutalmente por el terror.

Cuando, la chinita Marta trajo luz, pudimos contemplar el horroroso cuadro en todos sus detalles:

Evangelina acostada en un charco de sangre expiraba plácida y resignadamente. Seguramente, una feroz puñalada, le había atravesado el corazón, produciéndole, casi, instantáneamente la muerte. Su prometido, con los ojos extraviados — por la visión de sangre, — saliendo de sus órbitas, contemplaba a su adorada y le oprimía las manos convulsivamente. Por su frente corrían gruesas gotas de sudor frío. Palidez-cenicienta cubría su desencajado rostro.

Perico, el pequeño ratonero de Evangelina, lanzaba lastimeros aullidos al verla en

tal estado y lamiendo quería detener la sangre de la herida.

En la confusión y desorden de los primeros momentos, nadie atinó a buscar médico. Por otra parte, resultaba inútil la asistencia facultativa.

El alma pura y bella de mi infortunada amiga, había abandonado su envoltura terrena y desplegando las alas de la fé — voló al infinito de los cielos.

¿Quién era el asesino?

¿Quién se había atrevido a suprimir la existencia de un ser tan bondadoso y tan querido por el vecindario?...

¿Era la obra de un perverso invencible o de un loco rematado?...

Fué imposible contestar estas interrogaciones en aquellos momentos de sorpresa aflictiva.

Necesariamente, había que buscar los rastros del asesino para dar con su paradero.

Perico, con las orejas aguzadas principió a olfatear; tomó al trote por el costado oeste circundando los matorrales de la ciénega y penetró resueltamente en un bosquecito de tamarindos, seguido por la infrascrita y por un vecino que llegó a la casita atraído por los gritos y llantos.

A la luz indecisa de un fósforo, pudimos ver a Carlos — recostado en el suelo, apoyada la cabeza en un tronco de sauce, la ca-

ra lívida y perdiendo abundante sangre por una herida del costado derecho.

No pudo responder a las interrogaciones que le hicimos. Había perdido el uso de la palabra; se limitaba a movimientos o signos nerviosos de cabeza por toda expresión.- Como a veinte pasos de distancia se encontraba ensillado su caballo **mala cara**, atado a un tamarindo.

El fin trágico de la "Flor del Moyano" se explicaba.

Carlos herido en su amor propio, despechado por la loca pasión que consumía su vida; mordido en el corazón por la serpiente de los celos; rumiando, talvez, la venganza que suele ser dulce para los espíritus entecos, — porque del amor al odio — no hay más que una línea; — Carlos al espiar y sorprender a su prima y al rival preferido — en amoroso coloquio, — quizás, percibiendo el rumor de sus besos, — en agudo rapto de neurosis, — ¡avanzó y clavó su puñal hasta la cacha, en el pecho de Evangelina!...

Consumado el delito, caminó hacia el lugar en que había dejado su cabalgadura y dándose cuenta del monstruoso crimen perpetrado en la compañera de su niñez, en la mujer a quien tanto y tanto había querido, volvió el puñal contra su persona enterrándoselo en el costado derecho.

De vuelta a la casita noté la presencia de

varios vecinos y vecinas que lamentaban el suceso y nos ofrecían sus servicios.

Dispúsose, que esa misma noche, se trasladase a Carlos a la casa de la escuela, en razón a la gravedad de su estado y a los fines de su asistencia médica si posible fuese.

Pasada la conmoción cerebral de los primeros instantes y el aturdimiento afectivo, — Dardo, — saliendo de su abstración, rompiendo el silencio aterrador que sellaron sus labios, sollozaba como un niño vertiendo abundantes lágrimas y besaba la frente purísima de su querida muerta. Misiá Cármen, sacudida por brusca reacción tan propia de su carácter varonil y de su entereza moral, recobró serenidad, sobreponiéndose a la desgracia que anonadaba su espíritu. Ya no lloraba; sus lágrimas se secaron y la expresión de su físico frío, inmovil, parecía haber petrificado sus músculos. Imponíase su energía moral en toda su fiereza indómita.

Tornando a la realidad de la vida que siempre impera en los peores trances y, mediante la ayuda de las vecinas, — en el comedor, — se improvisó la capilla ardiente. En la mesa del mismo se colocaron los restos de mi amiga, previo lavaje de la herida y cambio de un baton blanco a manera de sudario. Cuatro cirios alumbraban el cadáver con luz mortecina.

Tendida en la mesa mortuoria, — Evange-

lina, — parecía apaciblemente dormida. Las facciones de su rostro angelical, encerradas en óvalo perfecto, no tenían la rigidez de la muerte. A través de la palidez marmórea de su frente y mejillas, notábase un matiz rosa muy ténue. En sus labios percibíase algo semejante a dulce y fugitiva sonrisa por donde hubiese escapado su alma pura y candorosa.

Si hermosa fué en vida, como síntesis de la armonía de formas y colores, suprema expresión de lo bello, — muerta, — resultaba más idealmente hermosa por la austeridad mística que el soplo frío de la muerte habíale impreso.

Cómo se había consumado la tragedia, producto lógico de la locura moral de Carlos?...

Marta la sirvientita refirió: Que como a la hora de nuestra partida a los Barriales, un hombre a caballo pasó cautelosamente, a cierta distancia de la casita, muy envuelto en una chalina y el ala del chambergo cubriéndole totalmente la cara; que al poco tiempo, volvió a pasar, a pie, a mayor distancia de la casita; y que ese hombre no podía ser otro que Carlos, por que, **Perico,** no lo toreó; salió a su encuentro moviendo la colita y lo siguió las dos veces.

Dardo, a su vez, contestando a las preguntas que le dirigíamos y recordando el hecho

brutalmente injusto de la muerte de su prometida, dijo:

De improviso, sentí precipitados pasos; un bulto avanzó rápidamente sobre nosotros; y luego descargó un golpe sobre Evangelina con algo que no pude ver, sin haber dado tiempo para nada, huyendo cuando ésta se desplomaba profiriendo un grito espantoso. Después, nublada la mente y torturado mi corazón perdí la noción del asalto y de las cosas que me rodeaban.

Volvamos a Carlos. Este se debatía en el lecho de la muerte, sin esperanza. El filoso puñal habíale cortado los intestinos y, en consecuencia, pronuncióse la peritonitis que necesariamente, terminaría muy luego en defunción.

Al parecer, su cerebro enloquecido por el despecho y la fúria amorosa, — volviendo al equilibrio — le permitió darse cuenta exacta del crimen cometido. Evidentemente, sentía profundo arrepentimiento. Se oprimía violentamente la cabeza con las manos; expresión dolorosa reflejaba su faz aceitunada diluída en la palidez de la muerte. Vidriosa la mirada posábala sobre un cuadrito de la cómoda que contenía el retrato de su prima, y una lágrima fugitiva, a manera de condensación — del sentimiento afectivo y el arrepentimiento, — surcó su mejilla.

Confortado por los auxilios de la religión

expiró el jóven que no supo oponer — e tiempo — la reflexión y juicio sereno a la impetuosidades de su pasión loca e imposi ble de ser correspondida.

Carlos — por una fatal concurrencia d circunstancias — al partir el corazón de su idolatrada prima, de una feroz cuchillada — resultaba más desgraciado que culpable.

Guardando silencio por algunos instante —mi buena amiga—que narraba la trage dia de la ciénega, expresó:

—Ud. que ha estudiado la ciencia de "da a cada uno lo suyo" — comprenderá — que Carlos había cometido un crimen eminente mente pasional, arrastrado por la enferme dad moral que nubló su mente; delito, o más propiamente dicho, — extravío cere bral que, ante la razón y la equidad, no pue de ser legalmente responsable su autor.

La orientación de los nuevos principios de la ciencia penal arriban a esta conclusión, según he leído en los diarios.

Luego, dijo:

Este fué el fin de la existencia atribulada de la linda "Flor del Moyano" que, — hace catorce años justos, — una noche como ésta, cayó muerta de feróz puñalada!...

XV

EPILOGO

Después de que Evangelina y Carlos fueron sepultados en el cementerio de los Barriales, situado en las proximidades de la barranca del Río Mendoza, Misiá Cármen, realizó lo que pudo de las existencias y enseres de la casita del Moyano, se marchó a Buenos Aires e ingresó en un convento de "Carmelitas", a fin de enterrar sus sufrimientos y procurarse la ansiada paz del alma que en vano buscó durante su azarosa y trabajada vida.

Dardo, tras larga y penosa fiebre tifoidea, que lo tuvo a las puertas de la muerte, en la ciudad de Mendoza, partió a la metrópoli y no volvió a la provincia. Cuando obtuvo su título de médico se dirijió al Brasil instalándose en la ciudad de San Pablo donde ejerce su profesión y tiene adquirida la reputación de buen clínico y mejor cirujano.

Abandonada la casita del Moyano, las frondosas parras y los frutales se arruinaron por falta de cuidado. Languidecieron, se

marchitaron los rosales y enredaderas; y los nardos y lirios azules ya no brotaron en la primavera por ausencia — del amoroso cultivo — de la "Flor del Pago", —cuya virtuosa fragancia habíase escapado al infinito.

Por falta de pago de impuestos fiscales y de regadío, la casita se fundió. En subasta pública, la compró un piamontes enriquecido, para agrandar su propiedad y plantarla de uva barbera.

La casita — antes santuario florido, — habitado por mis queridas amigas; Misiá Cármen y Evangelina, la ocupa actualmente un contratista que ha destruído y talado todo, con el objeto de que haya mayor espacio para plantar verduras.

Del nido verdi-negro coquetón, — al través del cual, — emergían las pintadas murallas de la casita simulando una blanca paloma, — ya no quedaba nada de su aspecto alegre. Descascarada la pintura de las paredes por la acción del tiempo, las lluvias y arruinados por los parrales y arboleda, donde solo se vé la tronquería desnuda, produce la sensación de destrucción y muerte.

Del lindo y pequeño jardín de la casita, ya no quedaban más que los malvones y lirios y azucenas blancas regadas por manos piadosas de vecinas que adoraban a la infortunada jóven; lirios, cuyas corolas, tienen la inmaculada blancura de la tez que osten-

taba en vida Evangelina y malvones de pétalos muy rojos, como la sangre que borboteó por la herida de su pecho.

Como Ud. verá luego — mi buen amigo, cuando visite las ruinas de la casita del Moyano, se levanta una pequeña cruz, en la galería, allí donde cayó muerta la "Flor del Moyano" de una terrible puñalada.

Ante ese símbolo de redención y amor, las gentes creyentes y sencillas, a manera de sufragio, — encienden velas, — pidiendo al espíritu de Evangelina, — santificado por el sufrimiento, — les conceda gracias celestiales.

De tal suerte, se ha convertido en culto religioso el amoroso recuerdo con que se honra la memoria de Evangelina.

F I N



mo todos los seres que la rodeaban, la habían olvidado por completo.

El jóven estudiante, — por exceso de precaución, con la amorosa meticulosidad que es de imaginarse, examinó varias veces a Evangelina sin notar síntoma alarmante alguno, declarando que no existía tal enfermedad.

Con referencia al noviazgo de Dardo con la "rubia campesina del Moyano", como solía decir despreciativamente la familia de aquél, ya no ofrecía tan recias resistencias, merced a la entereza del estudiante expresada sin ambajes. Aceptábase, — de grado o fuerza, — la unión de la enamorada pareja, para la fecha en que Dardo terminase la carrera; antes no, y no!—como repetía con énfasis la mamá del médico en ciernes.

El mismo Carlos, tercamente indiferente, podría decir, — asentía, tácitamente el —noviazgo— de su prima—con su afortunado rival aunque tornándose cada día más taciturno.

El apasionado primo se había retirado de la casita del Moyano. Algunas veces pasaban hasta quince días y no se le veía por las Acequias. Su ausencia—se interpretaba — como acto de cordura, abandonando, — voluntariamente,— el campo de la lucha fatalmente imposible para él.

Colmaba pues, la felicidad de Evangelina

el asentimiento expreso y tácito referente a la legitimidad de la unión con Dardo — ante Dios y ante la sociedad — en un futuro, talvez cercano.

Todo fué optimismo en aquel tiempo para mi encantadora amiga.

¡No es eterna la tranquilidad, ni la ventura en esta pícara tierra!

La felicidad es muy parecida a un fantasma que huye de nosotros y que, cuando creemos alcanzarla, — se desvanece cual humo de doradas ilusiones...

Un momento de alegría, por fenómeno de inmediata reacción psíquica, se cambia en largas horas de meditación e intranquilidad inmotivada, cuando no en amargas tribulaciones.

Sobre todo, los temperamentos delicados, las personas de exquisita sensibilidad — física y moral — sienten con mayor energía y más rapidamente la reacción que produce mal-estar , abatimiento, negras penas que postran el espíritu y hacen regenerar de la existencia.

Nuestra protagonista, — como ya lo manifesté, — era de temperamento muy delicado; dotada de nerviosidad sutil e impresionable que vibraba al contacto de cualquier causa externa por nimia que fuese. Su sensibilidad moral no tenía límites. La cirunstancia o hecho — que directa o indirecta-

mente le atingía, — gravitaba en su espíritu. Pesaban en su corazón,—las penas agenas,—con mayor intensidad que las propias.

Necesariamente, la afinada psíquis de Evangelina, tenía que soportar la reacción aflictiva en proporción geométrica. No tardó en pronunciarse alarmante para todos los que la queríamos.

Mi buena amiga, poco a poco, al principio, comenzó a sentir palpitaciones en el pecho y desvanecimientos de cabeza, los mismos que aumentaron imprimiendo resignado sufrimiento en su nacarada tez a la par que nublando la expersión de sus dulces y negros ojos.

Inquiriendo — Dardo — la naturaleza y origen cercano de estas perturbaciones orgánicas — Evangelina, — significóle: que las consideraba inmotivadas pues, no recordaba haber hecho ningún desarreglo,—agregando,—que se trataba de vieja dolencia que reaparecía con brío por razones inexplicables para élla. Finalmente, manifestóle; siento que el corazón se ensancha, y que éste es oprimido duramente por la envoltura del pecho, produciéndome angustia, como si me faltase el aire necesario a la vida.

Evidentemente, recrudecía la hipertrofia, que había permanecido estacionaria o debilitada durante un tiempo y que parecía estallar en una crísis fatal.

Mi querida ex-alumna sentía mucha, mucha fatiga y la necesidad de pararse a descansar a cada momento, siempre que caminaba, como si se encontrase en estado de suma debilidad.

El perfume de sus queridas flores, cultivadas con sus blancas y preciosas manos, le producía vértigos pasajeros, sobre todo, en las horas de la tarde y noche cuando exhalan con mayor fuerza sus esencias.

Evangelina tenía los labios cárdenos, casi negros, signo inequívico de la aneurisma que ocultaba su pecho, y que podía, en cualquier momento cortar el hilo de su vida.

Su espíritu lleno de tanta grandeza y hermosura moral, encontrábase no menos conturbado y enfermizo que su cuerpo. Con frecuencia caía en abstracciones y ensimismamiento, como si hondo pesar atormentase su alma concentrada en una idea fija y tenaz.

El círculo ligeramente amoratado de sus hermosos ojos que agrandaban la negrura luminosa de sus encantos había aumentado notablemente, recargando de tinte oscuro-violeta y denotando desfallecimiento e insomnio.

No puede negarse. La ciencia médica lo reconoce. Poderosa influencia tiene lo moral sobre lo físico y viceversa; pero, la primera es más eficaz, más avasalladora, por cuanto, los males, generalmente, son más

imaginarios que reales, obligada resultante de la auto-sugestión, tratándose de ciertos temperamentos. Un alma desfallecida y postrada necesita que su cuerpo repose y se sujete a un método curativo más o menos racional para que tenga eficacia de carácter ideal más que física.

En este sentido, interrogué cariñosamente a la sin par hermosura de la "Flor del Moyano" — ¿Qué es lo que pasaba en su corazón, centro de afectividad idealmente amorosa?... ¿qué es lo que atormentaba su alma casta y virginal?....

Guardó silencio, por algunos instantes, como recapatizando; pausadamente y con marcada intención expresó: no sé por qué me imagino, que no podré soportar mi existencia hasta que Dardo termine su carrera y cumpla su promesa otorgándome su nombre, me parece que el entrañable afecto que profeso a mi prometido, — inmenso como la llanura argentina y eterno como la nieve de los Andes, — acabará por matarme comó à María del Poeta colombiano; tengo el presentimiento de que luego bajaré a la tumba, y que, — Dardo y mi querida maestra, — deshojaran siempre-vivas en mi losa, haciéndo "mi eterno polvo rebullir...." y elevar sus preces a Dios por el descanso y paz de mi alma.

Mientras exponía los conceptos menciona-

dos, contestando a mis interrogaciones, su rostro tenuemente rosáceo palidecía transfigurándose en la efigie del sufrimiento y la angustia, expresadas por el amontonamiento de sombras en su frente y el rictus que contraía la comisura de sus labios en mueca dolorosa.

Dardo, como es de suponerlo, sintióse muy alarmado por el mal estado de la salud de Evangelina y, sobre todo, por las obsesionantes presentimientos que acusaban depresión de ánimo más que peligrosa. Paciente y cariñosamente ensayó un tratamiento, con más exactitud, impuso un régimen natural de alimentación, de paseos y distracciones sencillas que no impresionasen su sensibilidad demasiado excitable.

El estudiante de medicina, tenía que ser y era, en la práctica, el alma del tratamiento y yo su obsecuente colaboradora.

Produjo alguna mejoría el tratamiento; para mi criterio, imputable sólo a la consagración cariñosa de Dardo hacia su adorada.

Por naturaleza, temperamento moral y por método, el jóven Ríos Corvalán era optimista en sumo grado. Todo lo veía a través de prisma color de rosa, reflejo de su espíritu robusto y de la "loca de su casa" siempre alegre y traviesa.

No obstante su optimismo, — Dardo, — principió a abrigar serios temores sobre la

salud le su prometida y las consecuencias que podrían tener la depresión de ánimo en que se debatía.

A todo esto había que agregar la postración en que había caído Carlos, despechado por la loca pasión que profesaba a su prima.

Por carta dirigida a Misiá Cármen, me informé, que el desdichado mozo se encontraba atacado algo así como de alucinación mental de índole erótica — que podía alterar sus facultades intelectuales—. Decíase, que sus ojos extraviados parecía siguiesen no se qué fantasma y qué, sus manos crispadas, acariciaban el mango de plata de su cuchilla.

Era pues, de temerse una crísis violenta, si a Carlos se le ocurriese trasladarse a la casita del Moyano.

Yo que nunca fuí pesimista; percibía en el ambiente — presagios de tempestad, —quizás, contagiada por los sombríos presentimientos de **Evangelina**.

XIII

EN CARRO A BUEYES

Lo siento cansado, mi buen amigo; tenga paciencia, talvez, luego llegaremmos a los últimos acontecimientos de la atribulada vida de nuestra protagonista, — por exceso de sensibilidad y por el hado fatal que los guió por la huella de un **determinismo ciego** que **no admite razonamiento.** — ¡Sucede lo que debe suceder y nada más!

Evangelina, como le manifesté,—al final del último capítulo — se había repuesto un poco de las palpitaciones que oprimían su pecho. Amenguaba el insomnio que la postraba, disminuyendo el tinte sombrío circundante de sus bellos ojos. Parecía — que un rayo de luz — hubiera atravesado las tinieblas del pesimismo que torturaba su espíritu clareando debilmente la visión de su porvenir.

Podría decirse: que relativa reacción, — acentuaba su mejoría moral y física.

En cambio el estado mental y excitaciones nerviosas del infortunado Carlos, a quien

compadecíamos de todas veras, — cada día eran mayores, según informes que teníamos, — perturbando sus funciones fisiológicas y psíquicas y, cargando estas, — como los dos polos de una corriente eléctrica que luego estallaría en chispas, precipitando la crísis que todos esperábamos angustiados.

Realmente era temible el estado en que se hallaba el sobrino de Misiá Cármen por las consecuencias que pudiese tener para los habitantes de la casita del Moyano.

Entre tanto, corrían los cuarenta días de la cuaresma instituída por la divinidad de la iglesia a cuyo credo pertenecemos. Nos encontramos en la semana de Dolores, llena de dulces a la vez que aflictivas reminicencias para los creyentes de nuestra dilatada campaña que suman el noventa y cinco por ciento de sus habitantes según el último censo.

El miércoles debían comenzar las **caídas** en la capilla de los Barriales iniciándose los cultos que terminarían el sábado de gloria.

A iniciativa de Luz Olmedo,—Misiá Cármen,—nos propuso trasladarnos en carro a bueyes a los Barriales, a fin de asistir a las prácticas religiosas. Adivinando los deseos de la Señorita Luz,—Dardo,—invitó a Jorge Fúnes que se encontraba de paseo en la finca de don Segundo Correa.

La familia de Olmedo nos proporcionó un carro chico.

Obscureciendo, como a la siete y media de la tarde, del aludido miercoles, hallábase el carrito uncido a dos bueyes oscos muy mansos y listo para recibir a los pasajeros. Gruesos cobertores de manufactura mendocina cubrían el fondo del vehículo por demás primitivo tapizando también sus lados.

Tomamos asiento respaldadas en un extremo del carro y con las piernas extendidas Misiá Cármen y la suscrita; enseguida, respaldados en el otro extremo la pareja de Luz y Jorge que parecía simpatizaban. De pié Evangelina y Dardo, a la cabecera, guía este último el carro con larga picanilla.

Hermosísima noche alumbrada por una Luna que, — en toda su plenitud — ascendía quedamente por el oriente, como "hostia santa" esparciendo claridad plateada y embelleciendo el paisaje; noche hermosísima que nos prometía paseo divertido y sin contratiempos.

Costeando la ciénega, rumbo nor-oeste, el carro avanzaba lentamente crujiendo o chirreando el eje, por falta de sebo, como los especuladores de la politiquería por falta de materia lubrificante. Trepidaba fuerte y violentamente en los altos pastizales y desperfectos del sendero. A cada fuerte barquinazo saltaban nuestros cuerpos dándonos de

cabezazos entre la alegría y risotadas de Jorge y Luz.

No cabía duda; las ladeadas y sacudidas del carro hacían las delicias del estudiante de derecho y su gentil compañera. Tampoco podía abrigarse duda: Luz y Jorge se encontraban en plena **conquista**, posiblemente, estimulados por el ejemplo de Evangelina y Dardo.

Por lo que respecta a mí y a la mamá de mi ex-alumna, no nos disgustaba, al menos, nos causaba molestia las oscilaciones y saltos del carro, pues estas pequeñas incomodidades entraban en el programa del viaje, rompiendo su monotonía y haciéndolo más divertido.

El novio de la "Flor del Moyano", no era **baquiano** para guiar carros, ni cosa parecida. Mediante una falsa maniobra indilgada a los pacientes bueyes y golpe contrario de picanilla, el carromato subiendo a un bordo, casi, volcó al costado derecho peligrando la preciosa carga. Evangelina perdiendo el equilibrio se fué sobre Dardo y lanzó un grito. Felizmente fué sostenida, — a tiempo y el carro paró en posición sumamente oblícua. Cuando el carro estuvo a punto de tumbarse, Luz y Jorge, — juntitos, — reían celebrando el contratiempo, diciendo, la primera — "¡qué lindo! ¡qué lindo!" mientras se apo-

yaba con dulce abandono en el hombro del segundo.

Hubo necesidad de bajarse del carro para que este recobrase su equilibrio y entrase en la huella.

Así durante hora y media de marcha, al tranco de los bueyes, llegó el carrito a la plaza de los Barriales y penetramos en la capilla, como a las nueve de la noche cuando finalizaba el canto de las letanías del rosario.

Dardo — conciencia creyente, — formaba al calor del hogar que plasma la mente y modela el corazón, permanecía reflexivo, siguiendo atentamente el oficio religioso, cambiando miradas de cuando en cuando con su prometida. Esta llena de unción mística y poseída de ardorosa fé, murmuraban sus labios deprecaciones que subían hasta el Altísimo entre suspiros y lágrimas.

Dentro de la sencillez de las jaculatorias y el recitado que rememoraba, etapa por etapa, el drama del Calvario, no sé qué solemnidad grandiosamente religiosa flotaba en el templo, elevando los corazones hácia Dios y postrando piadosamente la conciencia de los fieles. ¡El incienso de la oración ascendía al cielo implorando el perdón de las ofensas inferidas al Eterno y la paz del alma única y relativa felicidad que puede alcanzarse en la vida!

Como blancas palomas que alzan el vuelo

cruzando el purísimo azul de los cielos, — las notas de los cánticos sagrados — acompañadas de armonio, escapaban de la capilla dilatando sus ecos sentidos y clamorosos por el distrito de los Barriales.

¡En forma de plegaria melodiosa el alma ingenua de los creyentes se elevaba hasta el infinito!...

Terminado el oficio religioso volvimos a ocupar el carro y al tardo caminar de los bueyes, emprendimos el viaje de vuelta.

El improvisado **boyero,** guiaba el carro con más cuidado, listo siempre para sostener a su compañera, que de pié, se hallaba a su lado, para el caso de que el **vehículo** se inclinase violentamente obligándonos a "com prar tierra". —Los barquinazos no se producían tan fuertes como en el viaje de ida. Habíase pués, regularizado la marcha.

Evangelina más confiada y segura de la estabilidad del carro y aliviado su corazón por la plegaria dirigida a Dios, durante la práctica religiosa, se mostraba risueña charlando con entusiasmo, a media voz, con su inseparable compañero.

Por una especie de reacción, Luz que parlaba como **catita** y Jorge que jaraneaba de lo lindo durante el accidentado viaje de ida, — uno y otro permanecían silenciosos y meditabundos, como si la plática del parroco que hizo un llamado de arrepentimiento y

penitencia, hubiese escarchado sus bulliciosos amoríos.

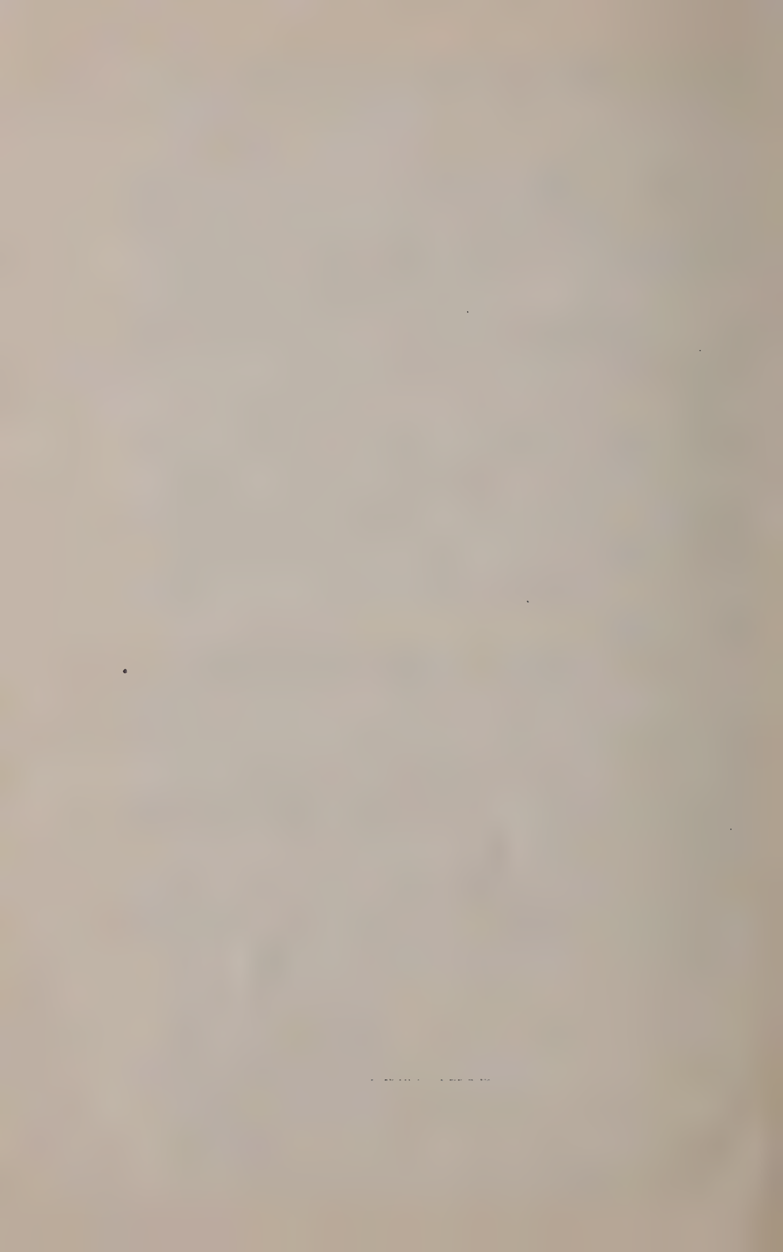
Desde el carro, sumidos en grato abandono, — contemplábamos el enorme disco de "la mensajera de la noche" que se había levantado algo más de tercio sobre el horizonte, difundiendo claridad pálido-blanca que permitía distinguir bien el sendero de la ciénega y el contorno de los objetos aun pequeños y, haciendo destacar en la lejanía las alamedas y cultivos confusos que circundaban la Cañada del Moyano, dentro de la penumbra poeticamente misteriosa que atraía las miradas y convidaba al recogimiento.

—¡Qué hermosa noche de luna!! — exclamó Dardo.

—¡Muy bella! — replicó Evangelina.

Instantaneamente percibí, algo así, — como batir de alas, rumor de besos, — muy quedo; volví la vista hacia la pareja que guiaba el carro y noté muy juntitas las cabezas y el talle de mi amiga oprimido por el brazo izquierdo de su novio.

Entre acompasado traqueteo y bruscas sacudidas el carrito llegó, cerca de la media noche a la casita de Misiá Cármen.



XIV

LA TRAGEDIA

Concurrimos el jueves y viernes a las caídas en el carrito facilitado por el papá de Luz siempre guiado por el estudiante de medicina. Este, habíase convertido en excelente guía picanillando a los bueyes con acierto, a fin de atenuar los bruscos remesones orillando los baches y tratando de no salir de la huella.

Jorge y Luz fundidos en amorosa simpatía, emulando a mi ex-discípula y su prometido, se les veía "de picos pardos" en los viajes traqueteados del carrito.

Desde las primeras horas de la mañana,— el sábado de Dolores, — me instalé en la casita del Moyano a pedido de Misiá Cármen y su querida hija.

Los sucesos de este día se han grabado profundamente en mi memoria y los recuerdo con precisión.

Me llamó mucho la atención, el semblante desencajado de Evangelina y la languidez pesarosa de sus movimientos.

Su tez nacarada donde a menudo afluía el rubor a sus mejillas y el carmín a sus labios — tenía palidez casi, cadavérica — El semicírculo de sus ojeras había aumentado de extensión y de sombras. Sus grandes y negros ojos de expresón dulce y bondadosa que fascinaban atrayendo las miradas; "ojos brujos" — como los llamaba su primo Carlos — denotaban cierto aire de extravío y hallábanse velados por inmensa tristeza.

Interrogué a mi amiga —¿Qué es lo que tenía? ¿qué le pasaba? — contestóme:

—No he pegado los ojos en toda la noche, ¡no sé lo que pasa en mi alma!... ¡siento desasosiego, intranquilidad, inquietud tan nerviosa como inmotivada!... Imploré a la Santísima vírgen, toda la noche, me otorgase un poco de paz para mi atormentado espíritu.

—Hay que dominarse — repuse — Basta pequeña fuerza de voluntad para ahuyentar las penas imaginarias y disipar el pesimismo siempre de caracter enfermizo.

—Dicen que el corazón es muy leal. Algo me amenaza; fatalmente algo me espera,— dijo mi amiga — subrayando las palabras.

Alarmóme el recrudecimiento agudo de sus presentimientos fatalistas.

Misiá Cármen que escuchaba la conversación, aparentando tranquilidad que estaba muy lejos de sentir, terció en ella y con fra-

ses razonables trató de levantar el estado de ánimo de su hija, haciéndole comprender que nada podía existir, ni siquiera explicar los sobresaltos y desconocido temor que la afligía.

Por mi parte, — yo siempre he creído en los vaticinios del corazón — que deben reposar en leyes fisiológicas y psicológicas hasta ahora desconocidas. Considero,—que ciertas personas de sensibilidad afinada y robusta inteligencia, poseen — una especie de sexto sentido—que podría denominarse —el de la—**previsión.**

Desde estos puntos de vista, las corazonadas de Evangelina me infundían serios temores sin saber a que atinar.

Contrastando con los presentimientos de la "Flor del Moyano", el día sereno, templado, sin ser caluroso, resplandecía luminosamente bello. El purísimo azul del cielo, sin una sola nube, permitía recortarse en la lejanía del horizonte las interminables alamedas, el arbolado macizo de los frutales y los cultivos en general de un verde intenso matizado de suaves tonos. Día hermosamente sereno, de calma inifinita donde no se movía una sola hoja de los árboles, signo precursor de seguro temblor — al decir de las gentes del pueblo.

En la tarde, como de costumbre, llegó Dardo, e informado del estado de su novia, no

pudo disimular la dolorosa impresión que le causó y los temores que abrigaba respecto de la afección cardiaca que podía precipitar fatal desenlace.

En consejo — que podré llamar — de familia, — se resolvió asistir a las caídas de esa noche a caballo, a objeto de que el viaje ida, como de vuelta, se realizase rápidamente en previsión de que Evangelina empeorase, a cuyo efecto Misiá Cármen y yo nos trasladaríamos en el cochecito proporcionado por el jóven galeno.

Al cerrar la noche nos pusimos en marcha. Luz, Jorge, Evangelina y Dardo a caballo. Después las personas de mayor edad y experiencia en el consabido cochecito.

A los veinticinco minutos de trote, medio inglés, estuvimos en los Barriales.

Terminada la práctica religiosa, como a las diez y pico hallábamonos de regreso en la casita del Moyano sin ningún contratiempo.

Luz acompañada de su hermano tomó para su casa, y Jorge se retiró con dirección a la finca de Don Segundo Correa donde se alojaba.

Por un brusco cambio de temperatura, frecuente en la época de los grandes calores, la apacible y hermosa noche de luna, tachonada de estrellas de mayor magnitud, habíase trocado en brumosa, destemplada, car-

gada de ráfagas que barrían el suelo levantando polvo en los caminos. Densas y arremolinadas nubes cubrieron totalmente el cielo en pocos minutos oscureciendo el paisaje plateado y amenazando tormenta de verano por los relámpagos que se divisaban lejos, avanzando del sud.

¡No sé qué sensación de angustia oprimía mi pecho!

¡Algo semejante debía pasar en el corazón de Misiá Cármen a juzgar por la expresión de su rostro grave, pensativo!...

Pasó graznando una bandada de cuervos.

Encontrábamosno en el dormitorio la suscrita y la mamá de mi amiga y ex-discípula. Dardo y Evangelina habíanse quedado conversando — en la galería — al abrigo de las bocanadas de aire frío que soplaban con fuerza, protegidos — de las miradas indiscretas, — por la oscuridad que proyectaba el parral.

De repente percibí el ruido de pasos prelipitados e instantáneamente sentimos un grito agudo y doloroso que nos paralizó la sangre; grito al parerer, proferido por mi querida ex-alumna.

Corrimos a la galería y nada podían distinguir nuestras pupilas **encandiladas** por la brusca transición de la luz a las sombras y espanto.

A la claridad de una centella que se des-

cargó atronando el espacio, pudimos divisar, confusamente — a Evangelina — tendida en el suelo — manándole abundante sangre del pecho, debatiéndose en convulsiones agónicas, y a Dardo, medio hincado, sosteniendo la cabeza de su adorada con expresión enloquecida.

Prorrumpimos en sollozos.

Misiá Cármen, desvanecida, cayó de bruces sobre el cuerpo de su hija, pretendiendo restañar, — con las manos trémulas, — la sangre por donde se le escapaba la vida y cubriendo de besos su frente.

¡Yo no sé como no perdí la razón sacudida brutalmente por el terror.

Cuando, la chinita Marta trajo luz, pudimos contemplar el horroroso cuadro en todos sus detalles:

Evangelina acostada en un charco de sangre expiraba plácida y resignadamente. Seguramente, una feroz puñalada, le había atravesado el corazón, produciéndole, casi, instantáneamente la muerte. Su prometido, con los ojos extraviados — por la visión de sangre, — saliendo de sus órbitas, contemplaba a su adorada y le oprimía las manos convulsivamente. Por su frente corrían gruesas gotas de sudor frío. Palidez-cenicienta cubría su desencajado rostro.

Perico, el pequeño ratonero de Evangelina, lanzaba lastimeros aullidos al verla en

tal estado y lamiendo quería detener la sangre de la herida.

En la confusión y desorden de los primeros momentos, nadie atinó a buscar médico. Por otra parte, resultaba inútil la asistencia facultativa.

El alma pura y bella de mi infortunada amiga, había abandonado su envoltura terrena y desplegando las alas de la fé — voló al infinito de los cielos.

¿Quién era el asesino?

¿Quién se había atrevido a suprimir la existencia de un ser tan bondadoso y tan querido por el vecindario?...

¿Era la obra de un perverso invencible o de un loco rematado?...

Fué imposible contestar estas interrogaciones en aquellos momentos de sorpresa aflictiva.

Necesariamente, había que buscar los rastros del asesino para dar con su paradero.

Perico, con las orejas aguzadas principió a olfatear; tomó al trote por el costado oeste circundando los matorrales de la ciénega y penetró resueltamente en un bosquecito de tamarindos, seguido por la infrascrita y por un vecino que llegó a la casita atraído por los gritos y llantos.

A la luz indecisa de un fósforo, pudimos ver a Carlos — recostado en el suelo, apoyada la cabeza en un tronco de sauce, la ca-

ra lívida y perdiendo abundante sangre por una herida del costado derecho.

No pudo responder a las interrogaciones que le hicimos. Había perdido el uso de la palabra; se limitaba a movimientos o signos nerviosos de cabeza por toda expresión.- Como a veinte pasos de distancia se encontraba ensillado su caballo **mala cara,** atado a un tamarindo.

El fin trágico de la "Flor del Moyano" se explicaba.

Carlos herido en su amor propio, despechado por la loca pasión que consumía su vida; mordido en el corazón por la serpiente de los celos; rumiando, talvez, la venganza que suele ser dulce para los espíritus entecos, — porque del amor al odio — no hay más que una línea; — Carlos al espiar y sorprender a su prima y al rival preferido — en amoroso coloquio, — quizás, percibiendo el rumor de sus besos, — en agudo rapto de neurosis, — ¡avanzó y clavó su puñal hasta la cacha, en el pecho de Evangelina!...

Consumado el delito, caminó hacia el lugar en que había dejado su cabalgadura y dándose cuenta del monstruoso crimen perpetrado en la compañera de su niñez, en la mujer a quien tanto y tanto había querido, volvió el puñal contra su persona enterrándoselo en el costado derecho.

De vuelta a la casita noté la presencia de

varios vecinos y vecinas que lamentaban el suceso y nos ofrecían sus servicios.

Dispúsose, que esa misma noche, se trasladase a Carlos a la casa de la escuela, en razón a la gravedad de su estado y a los fines de su asistencia médica si posible fuese.

Pasada la conmoción cerebral de los primeros instantes y el aturdimiento afectivo, — Dardo, — saliendo de su abstración, rompiendo el silencio aterrador que sellaron sus labios, sollozaba como un niño vertiendo abundantes lágrimas y besaba la frente purísima de su querida muerta. Misiá Cármen, sacudida por brusca reacción tan propia de su carácter varonil y de su entereza moral, recobró serenidad, sobreponiéndose a la desgracia que anonadaba su espíritu. Ya no lloraba; sus lágrimas se secaron y la expresión de su físico frío, inmovil, parecía haber petrificado sus músculos. Imponíase su energía moral en toda su fiereza indómita.

Tornando a la realidad de la vida que siempre impera en los peores trances y, mediante la ayuda de las vecinas, — en el comedor, — se improvisó la capilla ardiente. En la mesa del mismo se colocaron los restos de mi amiga, previo lavaje de la herida y cambio de un baton blanco a manera de sudario. Cuatro cirios alumbraban el cadáver con luz mortecina.

Tendida en la mesa mortuoria, — Evange-

lina, — parecía apaciblemente dormida. Las facciones de su rostro angelical, encerradas en óvalo perfecto, no tenían la rigidez de la muerte. A través de la palidez marmórea de su frente y mejillas, notábase un matiz rosa muy ténue. En sus labios percibíase algo semejante a dulce y fugitiva sonrisa por donde hubiese escapado su alma pura y candorosa.

Si hermosa fué en vida, como síntesis de la armonía de formas y colores, suprema expresión de lo bello, — muerta, — resultaba más idealmente hermosa por la austeridad mística que el soplo frío de la muerte habíale impreso.

Cómo se había consumado la tragedia, producto lógico de la locura moral de Carlos?...

Marta la sirvientita refirió: Que como a la hora de nuestra partida a los Barriales, un hombre a caballo pasó cautelosamente, a cierta distancia de la casita, muy envuelto en una chalina y el ala del chambergo cubriéndole totalmente la cara; que al poco tiempo, volvió a pasar, a pie, a mayor distancia de la casita; y que ese hombre no podía ser otro que Carlos, por que, **Perico**, no lo toreó; salió a su encuentro moviendo la colita y lo siguió las dos veces.

Dardo, a su vez, contestando a las preguntas que le dirigíamos y recordando el hecho

brutalmente injusto de la muerte de su prometida, dijo:

De improviso, sentí precipitados pasos; un bulto avanzó rápidamente sobre nosotros; y luego descargó un golpe sobre Evangelina con algo que no pude ver, sin haber dado tiempo para nada, huyendo cuando ésta se desplomaba profiriendo un grito espantoso. Después, nublada la mente y torturado mi corazón perdí la noción del asalto y de las cosas que me rodeaban.

Volvamos a Carlos. Este se debatía en el lecho de la muerte, sin esperanza. El filoso puñal habíale cortado los intestinos y, en consecuencia, pronuncióse la peritonitis que necesariamente, terminaría muy luego en defunción.

Al parecer, su cerebro enloquecido por el despecho y la fúria amorosa, — volviendo al equilibrio — le permitió darse cuenta exacta del crimen cometido. Evidentemente, sentía profundo arrepentimiento. Se oprimía violentamente la cabeza con las manos; expresión dolorosa reflejaba su faz aceitunada diluída en la palidez de la muerte. Vidriosa la mirada posábala sobre un cuadrito de la cómoda que contenía el retrato de su prima, y una lágrima fugitiva, a manera de condensación — del sentimiento afectivo y el arrepentimiento, — surcó su mejilla.

Confortado por los auxilios de la religión

expiró el jóven que no supo oponer — en tiempo — la reflexión y juicio sereno a las impetuosidades de su pasión loca e imposible de ser correspondida.

Carlos — por una fatal concurrencia de circunstancias — al partir el corazón de su idolatrada prima, de una feroz cuchillada — resultaba más desgraciado que culpable.

Guardando silencio por algunos instantes —mi buena amiga—que narraba la tragedia de la ciénega, expresó:

—Ud. que ha estudiado la ciencia de "dar a cada uno lo suyo" — comprenderá — que Carlos había cometido un crimen eminentemente pasional, arrastrado por la enfermedad moral que nubló su mente; delito, o más propiamente dicho, — extravío cerebral que, ante la razón y la equidad, no puede ser legalmente responsable su autor.

La orientación de los nuevos principios de la ciencia penal arriban a esta conclusión, según he leído en los diarios.

Luego, dijo:

Este fué el fin de la existencia atribulada de la linda "Flor del Moyano" que, — hace catorce años justos, — una noche como ésta, cayó muerta de feróz puñalada!...

XV

EPILOGO

Después de que Evangelina y Carlos fueron sepultados en el cementerio de los Barriales, situado en las proximidades de la barranca del Río Mendoza, Misiá Cármen, realizó lo que pudo de las existencias y enseres de la casita del Moyano, se marchó a Buenos Aires e ingresó en un convento de "Carmelitas", a fin de enterrar sus sufrimientos y procurarse la ansiada paz del alma que en vano buscó durante su azarosa y trabajada vida.

Dardo, tras larga y penosa fiebre tifoidea, que lo tuvo a las puertas de la muerte, en la ciudad de Mendoza, partió a la metrópoli y no volvió a la provincia. Cuando obtuvo su título de médico se dirijió al Brasil instalándose en la ciudad de San Pablo donde ejerce su profesión y tiene adquirida la reputación de buen clínico y mejor cirujano.

Abandonada la casita del Moyano, las frondosas parras y los frutales se arruinaron por falta de cuidado. Languidecieron, se

marchitaron los rosales y enredaderas; y los nardos y lirios azules ya no brotaron en la primavera por ausencia — del amoroso cultivo — de la "Flor del Pago", —cuya virtuosa fragancia habíase escapado al infinito.

Por falta de pago de impuestos fiscales y de regadío, la casita se fundió. En subasta pública, la compró un piamontes enriquecido, para agrandar su propiedad y plantarla de uva barbera.

La casita — antes santuario florido, — habitado por mis queridas amigas; Misiá Cármen y Evangelina, la ocupa actualmente un contratista que ha destruído y talado todo, con el objeto de que haya mayor espacio para plantar verduras.

Del nido verdi-negro coquetón, — al través del cual, — emergían las pintadas murallas de la casita simulando una blanca paloma, — ya no quedaba nada de su aspecto alegre. Descascarada la pintura de las paredes por la acción del tiempo, las lluvias y arruinados por los parrales y arboleda, donde solo se vé la tronquería desnuda, produce la sensación de destrucción y muerte.

Del lindo y pequeño jardín de la casita, ya no quedaban más que los malvones y lirios y azucenas blancas regadas por manos piadosas de vecinas que adoraban a la infortunada jóven; lirios, cuyas corolas, tienen la inmaculada blancura de la tez que osten-

taba en vida Evangelina y malvones de pétalos muy rojos, como la sangre que borboteó por la herida de su pecho.

Como Ud. verá luego — mi buen amigo, cuando visite las ruinas de la casita del Moyano, se levanta una pequeña cruz, en la galería, allí donde cayó muerta la "Flor del Moyano" de una terrible puñalada.

Ante ese símbolo de redención y amor, las gentes creyentes y sencillas, a manera de sufragio, — encienden velas, — pidiendo al espíritu de Evangelina, — santificado por el sufrimiento, — les conceda gracias celestiales.

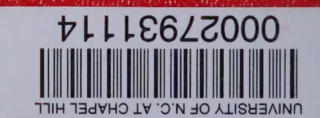
De tal suerte, se ha convertido en culto religioso el amoroso recuerdo con que se honra la memoria de Evangelina.

F I N








00027931114
UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL